

**DE DISCÍPULOS A MAESTROS:
EDUCACIÓN SUPERIOR EN COLOMBIA DURANTE LA PRIMERA MITAD
DEL SIGLO XX**

JONATHAN FABIÁN MÉNDEZ RODRÍGUEZ

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL
FACULTAD DE EDUCACIÓN
ESPECIALIZACIÓN EN PEDAGOGÍA**

BOGOTÁ D.C.

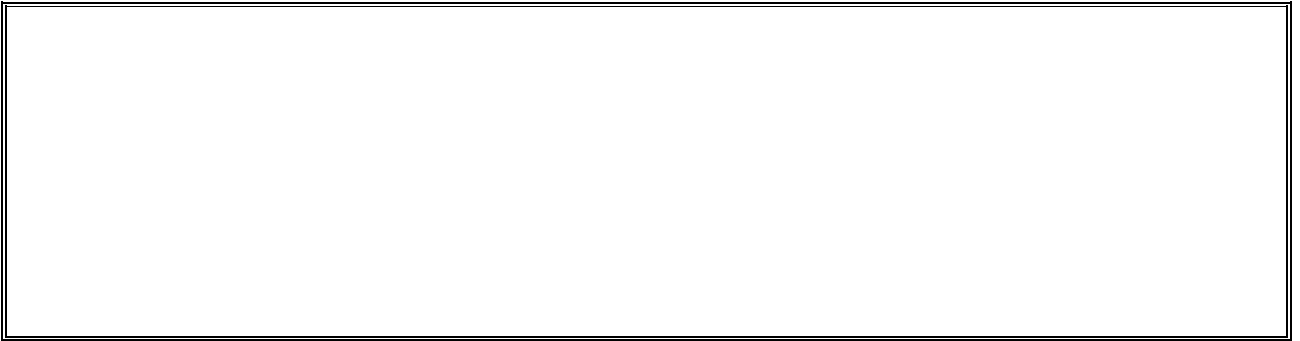
2014

A mi mamá Flor, quien con su voz alimenta mis sueños.

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <i>Formación de Profesores</i>	FORMATO	
	RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 1 de 4	

1. Información General	
Tipo de documento	Trabajo de grado especialización
Acceso al documento	Universidad Pedagógica Nacional. Biblioteca Central
Título del documento	De Discípulos a Maestros: Educación Superior en Colombia durante la primera mitad del siglo XX
Autor(es)	Jonathan Fabián Méndez Rodríguez
Director	Carmenza Sánchez Rodríguez
Publicación	Bogotá D.C., Universidad Pedagógica Nacional. 2014. 87Páginas
Unidad Patrocinante	Universidad Pedagógica Nacional
Palabras Claves	Educación Superior, Pedagogía, Universidad Nacional, Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario, Colombia, Siglo XX

2. Descripción
El presente artículo de revisión documental tiene como objetivo exponer de manera crítica y argumentativa algunos aspectos que se vivieron dentro de dos de las más antiguas universidades del país durante la primera mitad del siglo XX: La Universidad Nacional de Colombia y el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario. El principal interés consiste en exponer de manera clara la forma como se comprendió y desarrolló el proceso de formación en educación superior durante esta época en Colombia, a partir de un análisis a la vida cotidiana dentro de estas dos universidades, sus clases, sus profesores, sus estrategias de enseñanza y aprendizaje, sus percepciones sobre la educación, sus estudiantes más sobresalientes y, por supuesto, sus luchas internas. Se prestará vital interés en enmarcar todo este contexto dentro del momento histórico de Colombia para aquella época, con el fin de llegar a comprender los discursos políticos, sociales, económicos y hasta religiosos que daban cuenta de la estructuración e idealización sobre el deber ser de la educación superior.



3. Fuentes

Archivos históricos (escritos y fotográficos), Historia de Colombia, Vida universitaria, Educación, Pedagogía, Primera mitad del siglo XX, Política educativa, Gobiernos de Colombia.

4. Contenidos

Introducción

Ingenieros para el progreso, que para la memoria esculturas bastan:

Primeras décadas del siglo XX

Metodologías cambiantes para contextos cambiantes:

El terremoto de 1917

Hay ideas que ni el sutil sustento de un cuerpo soporta:

La guerra contra el Perú y los años 30's

El Bogotazo fue un dibujo en lienzo, con algunos retoques de sangre de estudiantes:

El asesinato de Gaitán y los años 40's

Un panorama académico de iniciales mayúsculas:

La Violencia y el final de la primera mitad del siglo XX

Análisis y conclusiones

Bibliografía

5. Metodología

El proceso desarrollado dentro de esta investigación comprendió una primera etapa de revisión histórica bastante estricta, tomando en cuenta aspectos sociales y políticos de la época; paso seguido, se realizó un proceso de selección y clasificación de la información recolectada, con el fin de establecer unos momentos históricos determinados que vendrían a ser el eje del proceso investigativo y argumentativo. En tercer lugar, se efectuó el proceso de redacción, tomando especial cuidado de no transgredir la pureza y el trasfondo contextual de las fuentes consultadas; y finalmente, se aportó un espacio de reflexión, encaminado a relacionar todo este trabajo con algunos aportes académicos concernientes a temas de Pedagogía y Didáctica desde una perspectiva crítica, con base en algunos autores contemporáneos. A este respecto, vale la pena aclarar que el presente escrito no pretende realizar juicios de valor ni evaluaciones sobre las prácticas docentes, ni sobre el comportamiento de los estudiantes, ni mucho menos sobre los procesos pedagógicos; el principal interés consiste en proveer una mirada crítico-analítica sobre el proceso histórico de la educación superior en Colombia.

--

6. Conclusiones

El presente trabajo busca consolidar una contribución en torno a los debates sobre educación superior en Colombia, por medio de una mirada histórico-hermenéutica a la realidad de dos de las más antiguas universidades durante la primera mitad del siglo XX. Es así como resulta oportuno aclarar que, si bien no se ha pretendido aportar respuestas definitivas a muchos de los temas tratados, se ha promovido una nueva perspectiva mucho más integral y matizada sobre la multiplicidad de elementos y aspectos que, en muchos casos, han sido invisibilizados a la luz de algunas investigaciones. Ha sido el más profundo anhelo de este trabajo, generar en lector algún tipo de reacción crítica, con miras a enriquecer un debate que no se ha abordado en todo su esplendor, y que de seguro, aún puede aportar nuevas ideas.

Elaborado por:	Jonathan Fabián Méndez Rodríguez
Revisado por:	Carmenza Sánchez Rodríguez

Fecha de elaboración del Resumen:	09	06	2014
-----------------------------------	----	----	------

Contenido

Introducción.....	1
Ingenieros para el progreso, que para la memoria esculturas bastan: Primeras décadas del siglo XX	7
Metodologías cambiantes para contextos cambiantes:	
El terremoto de 1917.....	23
Hay ideas que ni el sutil sustento de un cuerpo soporta:	
La guerra contra el Perú y los años 30´s.....	38
El Bogotazo fue un dibujo en lienzo, con algunos retoques de sangre de estudiantes:	
El asesinato de Gaitán y los años 40´s.....	54
Un panorama académico de iniciales mayúsculas:	
La Violencia y el final de la primera mitad del siglo XX.....	67
Análisis y conclusiones	71
Bibliografía.....	80

Introducción

El 9 de febrero de 1930 no fue un día para nada normal. De hecho, por aquel entonces, ningún día podría catalogarse con tal apelativo. Las elecciones presidenciales que habrían de establecer al sucesor de Miguel Abadía Méndez en el cargo de mayor dignidad del país, arrojaron como absoluto ganador al liberal Enrique Olaya Herrera, quien logró sacar provecho de la fuerte polarización al interior del Partido Conservador, la cual había llevado a que se presentaran a elecciones con dos candidatos¹. Sin lugar a dudas, eran días de evidente fragmentación y luchas políticas que abarcaban cruelmente la totalidad del territorio nacional; pese a esto, otra lucha cobraba fuerza para los estudiantes del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario: El nombramiento de un nuevo Rector.

Monseñor Rafael María Carrasquilla Ortega, quien se hubiera desempeñado como máxima autoridad al interior del claustro educativo, falleció el 18 de marzo de 1930; fecha en la que aún se sentía en las calles de la fría Bogotá, el desconcierto y la polarización en torno a la pérdida del poder por parte de los conservadores (quienes habían gozado de 44 años ininterrumpidos en la presidencia²). Durante cuarenta años, Monseñor Carrasquilla había dirigido con entereza y máxima disciplina, el Colegio que se presentaba como un recinto sagrado del pensamiento y las ideas que se habían mantenido vigentes en la política conservadora de la época. En este sentido, más de un alumno romántico llegó a creer que la elección de *Olaya Herrera* había sido la herida fatal, que puso fin definitivo a la vida de tan notable religioso y educador.

¹ Para estas elecciones se presentaron *Guillermo Valencia Castillo* y *Alfredo Vásquez Cobo*, representando sectores distintos del Partido Conservador.

² “Hegemonía Conservadora” (1886 – 1930).

Momentos antes de su muerte en la casa rectoral, Monseñor Carrasquilla recibió el sacramento de la extremaunción por parte del Arzobispo y Primado de Colombia, Monseñor Ismael Perdomo; quien habiendo pasado algunos meses de tan penoso suceso, le comunicó a Monseñor José Vicente Castro Silva, por aquel entonces fuera del país, su elección para suceder en la rectoría a Monseñor Carrasquilla. Las elecciones que derivaron un resultado favorable a Monseñor Castro se habían llevado a cabo los días 11, 12 y 13 de junio de 1930, donde los consiliarios, en representación de los Colegiales (Con base en las constituciones internas), realizaron la votación que habría de generar la terna que finalmente sería presentada al Presidente Miguel Abadía Méndez, para que éste realizara la elección final; en su orden, los resultados dieron el primer lugar a Monseñor Castro, el segundo al Doctor Antonio Gómez Restrepo³, y el tercero al Doctor José María González Valencia.

Según los registros periodísticos de la época, la gran discordia frente a este proceso de elección corrió por cuenta de la no inclusión en la terna del Dr. José Alejandro Bermúdez, quien según los resultados de la votación habría quedado en el cuarto puesto. El diario *El Tiempo*, documenta la noticia el 14 de junio de la siguiente manera: “*hoy se elige nuevo rector del Rosario, entre los consiliarios y los estudiantes hay un conflicto por los candidatos; los estudiantes piden al Dr. Bermúdez para rector o declararán huelga*”⁴. Sin embargo, otros aspectos, de carácter más procedimental, avivaron la molestia de muchos estudiantes, ya que por ejemplo, las votaciones habían iniciado sin que primero se hubiera efectuado la santa misa, tal y como era la costumbre (Guillén, 2003). Pero quizá el elemento más determinante consistía en que un significativo número de

³ Quien hubiera ejercido altos cargos académicos y políticos, gozando del honor de ser un Rosarista neto.

⁴ Diario *El Tiempo*, 14 de junio de 1930.

colegiales consideraban al Dr. Bermúdez como el más fiel heredero de las ideas de Monseñor Carrasquilla, al tiempo que acusaban a Monseñor Castro de haber recibido una fuerte influencia de las ideas que afloraban en Europa por aquella época, y que iban en contravía de la filosofía tomista del Colegio.

Aquel sábado 14 de junio de 1930, los corredores del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario fueron testigos de una acalorada jornada, que inició cuando *“los alumnos protestaron airados, se declararon en huelga y se negaron a asistir a clases”*, al tiempo que ondeaban orgullosos la bandera del Colegio que habían sustraído de la capilla; el Dr. Carlos Lozano y Lozano, quien se desempeñara como profesor, ante tal panorama, *“pronunció un encendido discurso exitando a los estudiantes a la cordura e invocando la memoria de Monseñor Carrasquilla, pidió respeto por las tradiciones del colegio. Terminó censurando la actitud de la consiliatura al negarse integrar la terna con el nombre del Dr. Bermúdez”*. Cuando el Dr. Lozano terminaba su vehemente intervención, el Rector Encargado Jenaro Jiménez⁵ se abalanzó sobre los estudiantes con el objetivo de quitarles la bandera; *“entre los estudiantes y el doctor Jiménez se trabó una verdadera lucha, el rector, arrancando la seda bordada del asta, huyó con ella por entre los corredores del claustro seguido por algunos colegiales y consiliarios”* (Guillén, 2003).

Los alumnos, completamente airados ante tal situación, dirigieron sus protestas a la emblemática carrera séptima, buscando llegar hasta la calle 11, lugar donde se encontraba la casa del Dr. Bermúdez; al no encontrar al mencionado personaje, fue el reconocido balcón del *“Café Riviera”* el lugar en donde se concentraron para pronunciar

⁵ Jenaro Jiménez: Estudió en el Seminario de Bogotá y luego fue ordenado presbítero. Fue catedrático de Teología Dogmática y prefecto del Seminario. Durante el rectorado de Monseñor Carrasquilla se desempeñó como Vicerrector; con lo cual, cuando éste murió, se desempeñó como rector por algunas semanas.

acalorados discursos contra la elección del rector y contra algunos personajes a quienes culpaban del resultado surtido en tal proceso⁶. Los periódicos de la época, particularmente el diario *El tiempo*, registraron el acontecimiento y dedicaron encabezados frente a la bronca dentro del colegio; por ejemplo, el 15 de junio se tituló “*el movimiento estudiantil que se ha iniciado en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario ha adquirido extraordinaria intensidad*”⁷, y el 19 de junio continuó: “*Huelga de estudiantes en todo Cundinamarca; la consiliatura del Rosario no accede a ninguna transacción*”⁸.

Todo este debate finalizó el 21 de junio cuando el presidente de la república, Dr. Miguel Abadía Méndez, expidió el Decreto 987, nombrando rector a Monseñor José Vicente Castro silva (Ortiz, 2006). Pese a todo el malestar generado, y la aparente imposibilidad de negociación entre consiliarios y estudiantes, después de firmado este decreto, las semanas subsiguientes sirvieron como aliciente que permitiría retomar la calma propia de un Colegio como el del Rosario.

Este suceso nos permite evidenciar un tema que ha pasado desapercibido en muchos de los trabajos realizados sobre historia de Colombia y educación superior en la primera mitad del siglo XX; en efecto, todos aquellos aspectos y situaciones que se suscitan al interior de las instituciones educativas, son y seguirán siendo una importante fuente de información para todo aquel investigador interesado en comprender los discursos inmersos en el proceso educativo dentro de un determinado contexto. Hablar de educación superior en Colombia sin realizar un serio acercamiento a lo que sucede (y ha sucedido) dentro de los salones de clase de las universidades, sería un completo desacierto y una apuesta a ciegas.

⁶ Se mencionaron nombres como los de *José Antonio Montalvo* (quien hubiera sido Ministro de Industria).

⁷ *El tiempo*, 15 de junio de 1930.

⁸ *El tiempo*, 19 de junio de 1930.

El presente artículo de revisión documental tiene como objetivo exponer de manera crítica y argumentativa algunos aspectos que se vivieron dentro de dos de las más antiguas universidades del país durante la primera mitad del siglo XX: La Universidad Nacional de Colombia y el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario. El principal interés consiste en exponer de manera clara la forma como se comprendió y desarrolló el proceso de formación en educación superior durante esta época en Colombia, a partir de un análisis a la vida cotidiana dentro de estas dos universidades, sus clases, sus profesores, sus estrategias de enseñanza y aprendizaje, sus percepciones sobre la educación, sus estudiantes más sobresalientes y, por supuesto, sus luchas internas. Se prestará vital interés en enmarcar todo este contexto dentro del momento histórico de Colombia para aquella época, con el fin de llegar a comprender los discursos políticos, sociales, económicos y hasta religiosos que daban cuenta de la estructuración e idealización sobre el deber ser de la educación superior.

El proceso desarrollado dentro de esta investigación comprendió una primera etapa de revisión histórica bastante estricta, tomando en cuenta aspectos sociales y políticos de la época; paso seguido, se realizó un proceso de selección y clasificación de la información recolectada, con el fin de establecer unos momentos históricos determinados que vendrían a ser el eje del proceso investigativo y argumentativo. En tercer lugar, se efectuó el proceso de redacción, tomando especial cuidado de no transgredir la pureza y el trasfondo contextual de las fuentes consultadas; y finalmente, se aportó un espacio de reflexión, encaminado a relacionar todo este trabajo con algunos aportes académicos concernientes a temas de Pedagogía y Didáctica desde una perspectiva crítica, con base en algunos autores contemporáneos. A este respecto, vale la pena aclarar que el presente escrito no pretende realizar juicios de valor ni evaluaciones sobre las prácticas docentes, ni sobre el

comportamiento de los estudiantes, ni mucho menos sobre los procesos pedagógicos; el principal interés consiste en proveer una mirada crítico-analítica sobre el proceso histórico de la educación superior en Colombia. Cualquier otro interés o extensión a los objetivos de este trabajo, tendrá que ser, definitivamente, abarcado en un trabajo posterior.

Ingenieros para el progreso, que para la memoria esculturas bastan: Primeras décadas del siglo XX

“La guerra, pensaba el abuelo, es exactamente como el destino, es su cumplimiento, está siempre latente en la paz y en el olvido, como una siniestra memoria fantasma. Se repite, se extiende, regresa al pasado y camina de nuevo por él: todas las guerras son una sola”.

La otra raya del tigre⁹

Colombia recibió el siglo XX conservando su tradición: en medio de una guerra. Las luchas entre Liberales y Conservadores se replicaban ferozmente al sonido de machetes rechinando, gritos de dolor, y un altísimo número de bajas. No había rincón del país donde no se supiera de asaltos, ofensivas militares y pueblos sitiados; sin embargo, y con la ironía pertinente, la mutilación de campesinos guardó un corto silencio cuando mutilaron nuestro mapa. El acorazado Wisconsin, de la Marina de los Estados Unidos, descansaba frente a las costas de Panamá; y fue justamente dentro de aquel, donde Liberales y Conservadores firmaron la paz el 21 de noviembre de 1902 (Tirado, 1978). La ecuación era simple: perder Panamá fue suficiente vergüenza como para seguir con la guerra.

Por aquellos días Bogotá se debatía entre las correrías políticas y las precarias condiciones de vida; algunas reseñas recuerdan que *“los límites urbanos se habían mantenido casi equidistantes a la plaza mayor, centro de gravitación de la ciudad, en un radio que se*

⁹**La otra raya del tigre.** Novela escrita por **Pedro Gómez Valderrama** (1923-1995), publicada en 1977. Ambienta la segunda mitad del siglo XX y comienzos del XX en Colombia.

podía cubrir a pie” (Vargas, 1988). Las secuelas de la guerra se respiraban en cada rincón como si el aire mismo estuviera contaminado de dolor y pasado; quizá por ello, se llegó a considerar que la tristeza era la marca indeleble de la realidad capitalina. Sin embargo, una nueva palabra comenzó a escucharse dentro de la joven ciudad, una palabra que prometía poner fin a tan desolador panorama nacional, y que de a poco fue consolidándose como una ilusión, como un sueño, un rumor o tan solo un anhelo: “Progreso”. Algunos hablaban de los ferrocarriles en los Estados Unidos, de fábricas con muchos obreros y, sobre todo, de ciudades en paz; y fue así como la vergüenza nacional que había recaído sobre Liberales y Conservadores encontró un camino de escape, una excusa para olvidar sus pecados, la estructuración demagógica más acorde al momento, y quizá, su mejor aliciente: Acoger el nuevo concepto.

Este contexto de nuevas promesas y presunciones de futuros afables, pareció tomar forma con la llegada del Conservador de talante progresista, *Rafael Reyes*, a la presidencia bajo el lema de “*Menos política y más administración*”. Sin embargo, las reformas impulsadas por Reyes causaron una vehemente oposición por parte de las clases políticas, desde el primer momento, ya que a su notorio interés por reestructurar la división territorial de la nación, se sumó la clausura del Congreso en 1905 (Cruz, 1996); pese a esto, la gota que derramó la copa corrió por cuenta de la suscripción de un empréstito por 300.000 libras esterlinas el 09 de mayo de 1906. La historia parecía tomar un giro, se anunciaba una contienda despiadada entre defensores y detractores del general Reyes; los tambores retumbaban, y del resultado futuro nadie sabía.

De manera casi paralela, Monseñor Carrasquilla se encontraba bastante entusiasmado con una idea que pretendía consolidar una muestra de cariño y fidelidad hacia el colegio:



Escultura de fray Cristóbal de Torres

obsequiar una imagen de *fray Cristóbal de Torres*, fundador del claustro. Para aquel momento, las condiciones de infraestructura de la institución eran deplorables, al punto tal que muchos estudiantes llegaron a suponer la posibilidad de cancelación de las actividades académicas. A pesar de esto, Monseñor Carrasquilla consideraba que una mirada hacia el magno fundador podría reavivar el ánimo rosarista.

¹⁰ “Carrasquilla pretendía simbolizar con el monumento escultórico el “eje supremo de referencia” al interior del Colegio, en permanente llamado a la perfección cristiana del individuo y la comunidad rosarista en pleno”(Ortiz, 2006).

Con miras al logro de tal objetivo, el mencionado rector designó una comisión que se encargaría de recolectar los fondos y ejecutar la obra; fue así como surgieron algunas dudas frente al proceso de diseño de la escultura por cuenta del material en el que debería realizarse. Mientras que en un primer momento se pensó en usar cemento, ya que resultaba mucho más práctico y económico, finalmente se optó por elaborarla en bronce (el material más perfecto, durable y costoso), ya que tanto los colegiales como los profesores y directivos consideraron que no era razonable escatimar en gastos cuando se hablaba de

¹⁰ Foto tomada de Tesoros del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario: 350 años. Ver Bibliografía.

alguien como *frayCristobal de Torres*. Adicionalmente, parece que la inclinación final por elaborar la escultura en bronce se vio fortalecida gracias al apoyo del mismo Presidente de la República, Rafael Reyes, quien comisionó al Ministro de Instrucción Pública para que tomara cartas en el asunto.

Fue así como se concluyó, que la obra estaría a cargo del escultor barcelonés *Dionisio Renart*, quien la entregaría a tiempo para ser inaugurada dentro del campus del colegio el segundo domingo de octubre de 1909. Desde aquel entonces, la figura de *fray Cristóbal de Torres* reposa en el patio central de la hoy llamada “Universidad del Rosario”, donde “*parece dominar y controlar el curso histórico del colegio*” (Ortiz, 2006). Sin lugar a dudas, esta imagen consolida un baluarte de la identidad rosarista; de tal manera que, frente



a sus ojos aparentemente estáticos, han pasado centenares de colegiales que pregonan una identidad absoluta frente a su alma mater.

¹¹El interés del Presidente Reyes y las proyecciones de Monseñor Carrasquilla se lograron entremezclar hacia un mismo fin: resarcir los daños causados a la infraestructura del colegio, producto de la “*Guerra de los mil días*”. En este sentido, el gobierno nacional de la época destinó

¹¹ Fachada del Colegio a finales del siglo XIX. Imagen tomada de: Tesoros del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario: 350 años. Ver bibliografía.

algunos fondos con el objetivo de financiar el proceso de renovación y compra de nuevos predios; por ejemplo, se adquirió *“la casa de la carrera 6ª, anexa a la de la administradora”* y se restauró la *Capilla de la bordadita* (Ortiz, 2006).



Patio del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario a finales del siglo XIX¹²

Resulta altamente llamativo, que durante esta época de inestabilidad, los estudiantes del colegio siguieron asistiendo fielmente a sus clases, pese al mal estado de los salones y espacios comunes (en un primer momento), y a la incomodidad de las obras que se empezaron a ejecutar posteriormente. Quizá este fenómeno se haya debido al hecho de que la comunidad rosarista manifestara de manera constante su adscripción devota hacia su colegio, llegando a denominarse como *“hijos del Rosario”*; en efecto, el Colegio Mayor

¹² Foto tomada de: Tesoros del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario: 350 años. Ver bibliografía.

Nuestra Señora del Rosario constituyó una especie de identidad patria y aún materna dentro de sus estudiantes, llevando a unánimemente compromiso político, económico y social por parte de los mismos, encaminado a perpetuar el legado rosarista y el campus que lo representaba.

Una prueba infalible de lo anteriormente dicho, pudo ser ampliamente evidenciada en una publicación que apareció en la *Revista del Colegio del Rosario*¹³ en marzo 1905, donde un colegial anónimo reveló algunos pormenores de su proceso estudiantil. Todo comenzó con una noticia bastante trágica que le fue informada cuando adelantaba su proceso de formación: la muerte de su padre y la inevitable ruina económica por cuenta de algunos malos negocios efectuados por éste durante sus últimos años de vida; en palabras del mismo colegial:

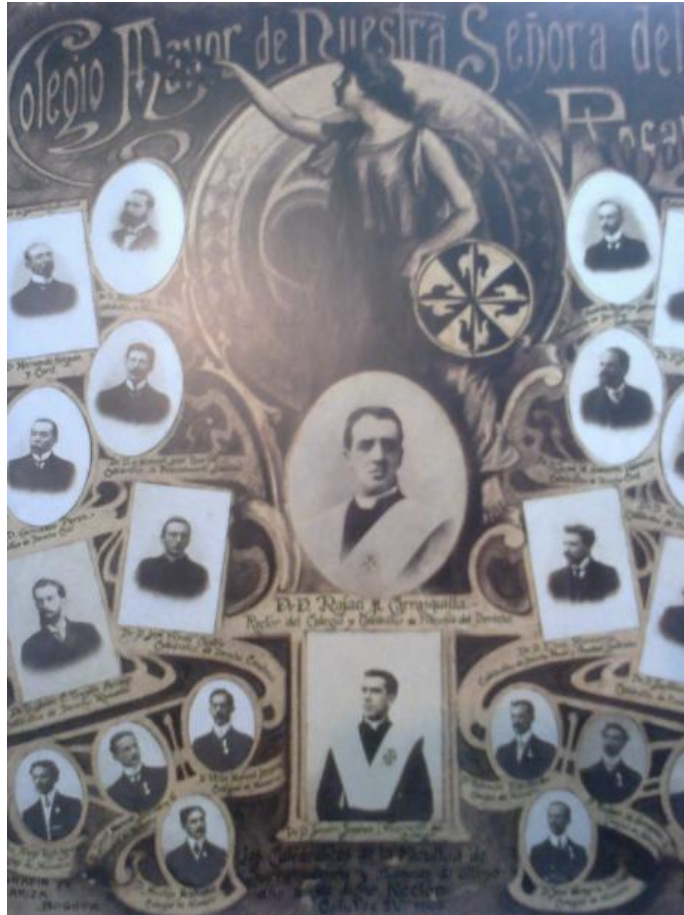
“la enfermedad había sido muy corta. Mi padre había recibido los últimos sacramentos con fervor, y había dictado sus postreras disposiciones con serenidad y lucidez de espíritu. En los últimos tiempos había emprendido negocios de exportación; las sumas obtenidas estaban depositadas en una casa suramericana de Paris, que acaba de suspender pagos. Se ignoraba aún la extensión del desastre, pero no sería imposible que estuviéramos totalmente arruinados. Yo debía venirme de Bogotá lo más pronto posible, tanto para consolar a mi madre como porque no era posible seguirme sosteniendo y pagando pensiones escolares en la capital”.
(Universidad del Rosario, 1905).

¹³ Edición de Marzo de 1905 (pp. 65-73). Ver bibliografía.

La situación para este colegial parecía mucho más trágica por cuenta de los resultados académicos obtenidos, los cuales daban muestra de su reducido compromiso estudiantil; en efecto, el testimonio registrado en las líneas de su publicación en la revista,dejaba claro cuál era, a su parecer, el mayor de todos los dolores que experimentaba en aquel momento: tener que despedirse del colegio.

“Y como lo sensible, lo presente impresiona más que aquello que no se ve, aunque lo primero sea de menor importancia, lo que me acongojaba más era despedirme del colegio. Volví la cabeza para ver mi puesto en los escaños. Otro lo ocuparía al año siguiente, y se sentaría en mi lugar en el estudio y en el refectorio. Adiós, capilla; santa imagen de Nuestra Señora, retiros, paseos, fiestas del Colegio, compañeros y amigos del alma, adiós y para siempre!” (Universidad del Rosario, 1905).

Después de realizar un recorrido por las instalaciones del claustro, el abatido estudiante se acercó a la oficina de Monseñor Carrasquilla con el fin de despedirse; sin embargo, y fuera de todos sus planes, “un arranque de sinceridad” le llevó expresar sus tristezas y confesarle uno de sus problemas. Fue así como recibió de parte del rector la respuesta que quizá menos había esperado: *“¿Por qué no pide usted una beca para el año entrante?”*, a lo cual el colegial testifica haber contestado: *“Porque he sido muy vagabundo, y desagradecido, y malo”*. Sin embargo, tal parece que no desechó por completo tal alternativa; de esta manera, algunos meses después, recibió un telegrama de Bogotá en el cual un amigo le comunicaba las buenas nuevas: *“Saludámoslos afectuosamente. Beca conseguida. Véngase.”*.



Mosaico de 1909 – Monseñor Carrasquilla y sus discípulos¹⁴

El colegial finaliza su relato dando cuenta del renovado compromiso académico con el cual retornó al colegio, y que le llevó a ser excluido de presentar el examen de álgebra, “*lo que significaba que, a juicio del catedrático, era el mejor discípulo de la clase*” (Universidad del Rosario, 1905). Los meses fueron pasando, y el transformado estudiante vio reflejado el fruto de tan loable esfuerzo al recibir su título profesional; en este sentido, y gracias a sus descripciones, podemos dar cuenta de algunos pormenores de la ceremonia de grado que era llevada a cabo en el claustro:

¹⁴ Tomado de Tesoros del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario: 350 años. Ver bibliografía.

“Seguimos formados en pós de ellos, y llegamos a la puerta del Aula. La tengo delante de los ojos; veo la elegante arquería que la dividía en dos largas naves paralelas. En las paredes, las imágenes de los rectores, de cuerpo entero, con las ropas de su dignidad. A la derecha el solio, adornado con el retrato del fundador; y a su sombra la cátedra rectoral, elevada varias gradas sobre el piso. El Rector, con la beca blanca cruzada sobre el pecho, tenía a sus lados al Vicerrector, y a los consiliarios. En sillas de madera tallada y formando semicírculo a los costados del solio, los catedráticos del colegio. En otra nave, los estudiantes en sus bancos; delante de ellos una fila de silletas para los caballeros invitados por nosotros.

Al vernos entrar, el Rector se descubrió la cabeza y se alzó de su asiento, y todos lo imitaron. Era el honor que tributaba el Colegio a los que iban a ser, en breve, parte integrante de su ser. Saludamos, y nos postramos de rodillas en la última grada de la cátedra. Uno de mis compañeros leyó en latín, con voz clara y solemne, la profesión de la fe. Al levantarnos, el Rector puso su mano sobre el libro de los Evangelios, encuadernado en terciopelo rojo, con labores de plata sobrepuestas y nos preguntó:

“Juráis a Dios profesar la fe católica, obedecer la constitución y las leyes de la República, conservar nuestros venerados Estatutos, y enseñar, llegado el caso, la Filosofía según la mente del Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino?”

Y todos cinco, instruidos de antemano en la significación y alcance de la promesa que se nos pedía, pensando en Dios que nos estaba oyendo, extendimos las manos derechas y respondimos en coro: Sí juro” (Universidad del Rosario, 1905).

Sin lugar a dudas, cada uno de los momentos y espacios que eran compartidos por los estudiantes, llevaban a que estos afianzaran una percepción frente a sus vidas mismas, la sociedad colombiana y el legado del colegio; este hecho cobra mucha más relevancia, si tomamos en cuenta que el número de jóvenes que lograban acceder a la educación superior por aquella época era bastante reducido. La mayoría de colegiales eran miembros de familias posicionadas tanto en la política como en la economía de la Colombia de comienzos de siglo, mientras que otro porcentaje correspondía a jóvenes subsidiados por el colegio, ya fuera por su interés en dedicarse al servicio pastoral, o por demostrar un evidente compromiso académico, sustentado por las buenas notas en estudios previos.



Monseñor Carrasquilla y sus discípulos¹⁵

¹⁵ Foto tomada el 24 de octubre de 1898. Tomada de Tesoros del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario: 350 años. Ver bibliografía.

Pero volvamos a los intereses renovadores de Monseñor Carrasquilla. Ya en 1909, las mejoras de la planta física del colegio se encontraban prácticamente terminadas, lo que llevó a que el mismo rector, enviara un parte de victoria al Ministerio de Instrucción Pública, en el cual se mencionaba la apertura de la Facultad de Jurisprudencia en 1905, la implementación del horario al mejor estilo de los colegios de Alemania y Suiza¹⁶, y la incorporación de un profesor alemán para sus clases de Calisténica y Gimnasia.

La administración de Monseñor Carrasquilla, sin lugar a dudas, se consolidaba cada día más, gracias a la profunda admiración y respeto de los colegiales, y la afinidad con el gobierno conservador de la época; de hecho, la vida cotidiana al interior del claustro, pasaba y se comprendía a través de la figura del infranqueable rector. Tal afirmación cobra mucha más fuerza al revisar el archivo histórico del colegio, a través de la revista que mensualmente era emitida; es así, como encontramos continuos mensajes de afecto, cartas con preguntas de carácter académico, poemas, escritos de aclaración, y demás composiciones, en donde el nombre de Monseñor Carrasquilla figuraba de manera incuestionable.

Mientras todo esto sucedía, en 1905, la Universidad Nacional de Colombia celebraba con profunda alegría la graduación del primer grupo de Ingenieros Civiles del país; era todo un acontecimiento ya que precisamente, por aquellos días, el concepto de “progreso” iba ligado a la idea de desarrollar nuevas infraestructuras. No en vano, el Presidente Reyes realizaba frecuentes menciones a este respecto en sus discursos; por ejemplo, en una intervención ante el Congreso Nacional, el 7 de agosto de 1904, sentenció:

¹⁶ “distribuyendo las veinticuatro horas del día en tres partes iguales: ocho para el trabajo intelectual, ocho para el descanso y las comidas, y ocho para el sueño” (Ortiz, 2006).

“Considero como el más esencial elemento para nuestro desarrollo económico e industrial las vías de comunicación y transportes. Si aspiramos a que Colombia sea factor en el comercio internacional y en continuar suministrando siquiera el actual limitado contingente de nuestra incipiente producción a los mercados del mundo, necesariamente tenemos que mejorar nuestros procedimientos industriales y reducir los gastos de transporte de nuestros productos, y esto no podremos conseguirlo sino mediante la apertura de vías de comunicación que nos ponga en fácil y cómoda relación con el exterior” (Cruz, 1996).

Indudablemente, el Presidente Reyes creía en la necesidad de modernizar el país mediante la inversión en nuevas vías, construcciones y redes ferroviarias; por esta razón, la graduación de Ingenieros Civiles dentro de la Universidad Nacional fue recibida con beneplácito. Lo que quizá nunca supieron ni el mencionado presidente, ni la admirada sociedad bogotana de la época, era que el proceso formativo de estos nuevos profesionales había significado todo un viacrucis metodológico.

El primer asunto que supuso controversias al interior de la universidad, corrió por cuenta de la relación entre teoría y práctica dentro de las clases de física y matemáticas; de este asunto dan parte algunos anales, en los cuales se exponen las diversas posturas en torno al proceso formativo. A este respecto, vale la pena recordar que *“en el último tercio del siglo XIX hubo serias discusiones sobre el papel de las matemáticas en la formación de los ingenieros. Algunos criticaban el énfasis teórico en la enseñanza de las matemáticas y proponían estudios más aplicados a la ingeniería, otros tenían verdadero interés en preparar matemáticos entre los ingenieros de Bogotá”* (Sánchez, 2004).

El acalorado debate sobre las metodologías de enseñanza que deberían ser usadas, se tornaba mucho más radical si tomamos en cuenta que el acceso a las herramientas tecnológicas de la época, era un asunto por demás complicado; fue así como el estudiante de Ingeniería Civil, *Manuel Antonio Rueda*¹⁷, dejó clara su indignación en unas líneas que fueron publicadas en el primer volumen de los *Anales de Ingeniería*: “*si en Colombia dispusiéramos de elementos suficientes, o mejor, si las necesidades nacionales así lo exigieran, habría que organizar la Facultad de Matemáticas y la Escuela de Ingeniería Civil*” (Sánchez, 2004). El asunto no daba muchas señales de mejoría, ya que los intereses políticos del momento no contemplaban grandes inversiones en educación; por tal razón, se apelaba al ingenio de los profesores, quienes tenían que idear formas para desarrollar sus clases con materiales reducidos.

Otro testimonio de la desazón de los estudiantes de la época frente a la pobre realidad bajo la cual debían adelantar sus estudios, fue encontrado en un manuscrito ubicado dentro de los documentos sin clasificar, de la biblioteca central de la Universidad Nacional, el cual aparece firmado con las letras L.L.B.; y en el cual se manifiesta:

“¿Qué podríamos decir de los adelantos matemáticos de nuestro país? Da pena manifestarlo, pero muy poco, si algo se ha hecho. Aquí, como en casi todas las colonias de la Madre Patria los progresos han sido en literatura, ha habido muy poco adelanto industrial. He aquí la causa de nuestras contiendas fratricidas, de esos mares de sangre que han cubierto a nuestra pobre patria de las desgracias que traen el ocio, la holgazanería, la pobreza, la deshonra exterior, el despilfarro, el latrocinio, y por último la muerte” (Sánchez, 2004).

¹⁷ Manuel Antonio Abelardo Rueda Jara, quien posteriormente obtendrá el título de Ingeniero Civil.

La estocada final, a tan tortuoso panorama, se dio a finales del siglo XIX cuando la Universidad Nacional se vio obligada a cerrar sus puertas a causa de la “*Guerra de los mil días*” (en 1898, para ser exactos); este suceso dejó en el limbo a todos sus estudiantes, muchos de los cuales decidieron abandonar el país. En su reapertura, en 1903, la universidad implementó algunos cambios en los planes de estudio y programas académicos, los cuales llevaron a que se abolieran títulos como el de *Profesor en Ciencias Matemáticas*, que durante mucho tiempo estuvo íntimamente ligado al de Ingeniería Civil.

De cualquier modo, la graduación de este grupo de Ingenieros Civiles, en 1905, sirvió de excusa para que el Presidente Reyes creara ese mismo año el *Ministerio de Obras Públicas*, designando a su cargo a un Ingeniero Civil, que si bien había sido formado en el exterior, consolidaba un ejemplo de la preponderancia que el Gobierno Reyes estaba dispuesto a endosarle, en un futuro, a estos profesionales¹⁸.

La primera década del siglo XX avanzaba con rapidez, y tanto la Universidad Nacional, como el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario ya se consolidaban como importantes centros de debate y formación académica; por esta razón, lograron soportar la inestabilidad social generada en junio de 1909, cuando *Rafael Reyes* abandonó el país, presionado por sus contradictores. Iniciaba así, un nuevo periodo de incertidumbre política que llevaría a la designación de tres Presidentes en menos de dos años¹⁹.

Tiempo después, en 1912, el Ministerio de Instrucción Pública emitió una circular en la cual se establecía la necesidad de que la educación pública, “*esto es, la labor oficial del gobierno, enderezada a formar la niñez y la juventud en las virtudes y conocimientos*

¹⁸ El primer Ministro de Obras públicas fue el Ingeniero, de origen caucano, Modesto Garcés Garcés.

¹⁹ Jorgue Holguín, Ramón Gonzalez Valencia y Carlos E. Restrepo.

necesarios”, se llevara a cabo “en armonía con la religión de la nación colombiana, forma esencial del cristianismo, la cual es el distintivo internacional de los Estados civilizados” (Suarez, 1912). Esta disposición consolidaba un nuevo reto para todas las instituciones de educación superior, principalmente para la Universidad Nacional, ya que era necesario que aquellas disciplinas y/o materias que no guardaban estricta afinidad con el cristianismo, fueran expuestas “*apartándolas de toda propaganda o controversia*”; de hecho, se identificaba claramente la necesidad de tomar precauciones dentro de programas académicos como “*las artes bellas y mecánicas, los idiomas, las matemáticas, las ciencias naturales en la parte extraña a la filosofía, así como la jurisprudencia y las ciencias políticas en todo lo extraño a esa misma ciencia*” (Suarez, 1912).



Manuscrito de las lecciones de Metafísica tomadas por el Colegio José Villegas, 1910²⁰

²⁰ Imagen tomada de: Tesoros del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario: 350 años (pp. 220). Ver bibliografía.

Estas determinaciones restrictivas no generaron mayores cambios en las metodologías de clase usadas en el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario, el cual como resulta obvio, siempre fue (y sigue siendo, en justas proporciones) de afinidad cristiana; sin embargo, para la Universidad Nacional significó mantener sus programas académicos relativamente independientes, pero con la precaución de no establecer estrategias de clase y/o temáticas que generaran algún tipo de enfrentamiento con los ideales de la iglesia católica colombiana.

Contrario a lo que muchas personas podrían llegar a suponer, estas disposiciones no significaron controversias al interior de la Universidad Nacional, ya que la mayoría de sus estudiantes y profesores eran de afinidad católica. La educación superior se tornaba entonces, como una extensión de la formación en consonancia con los valores y principios que predominaban por la época. Los años seguían su curso, y por supuesto, las universidades colombianas no eran ajenas a tal realidad.

Metodologías cambiantes para contextos cambiantes: El terremoto de 1917

“Y si alguno fuere interrogado de por qué tembló la ciudad, es cosa reconocida que por los pecados, por las usuras, por las injusticias, por las transgresiones de la ley, por la ambición, por la liviandad, por la falsedad. ¿Y de quiénes? De los ricos.

Homilía de San Juan Crisóstomo²¹

El viernes 31 de agosto de 1917, un fuerte temblor azotó a Bogotá; el movimiento sísmico se produjo a las 6:30 a.m., afectando seriamente varias poblaciones del centro del país. Como si tal suceso no hubiera sido lo suficientemente traumático para la sociedad de la época, el pánico subsiguiente revivió las presunciones apocalípticas del *Padre Francisco Margallo y Duquesne²²*, quien en el siglo XIX había sentenciado: “*el 31 de agosto de un año que no diré, sucesivos terremotos destruirán Santafé*”²³.

Los días siguientes a la emergencia significaron la manifestación colectiva de miedo más sobresaliente de aquel entonces; quizá esto se haya debido a que la sociedad colombiana estaba acostumbrada a ver muertos a causa de machetazos, pero no a causa de “castigos divinos”. Registros de la época señalan que al número de víctimas del terremoto²⁴, se

²¹ Celebrada el 01 de noviembre de 1917, en el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario. Traducido del texto griego por Francisco M. Renjifo.

²² Francisco Margallo y Duquesne. “*Nació en Bogotá el 28 de Enero de 1765, y murió el 23 de Mayo de 1837, a la edad de setenta y dos años. Era ejemplar por sus virtudes y conducta, y habiéndose dedicado a la Iglesia, le ordenó diácono el Arzobispo doctor Juan Bautista Sacristán*”. En: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/bibliografias/bicol/bicol/bicol15.htm>

²³ En: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/agosto2005/temblores.htm>

²⁴ El registro oficial de víctimas y daños publicado por el Diario Nacional arrojó las siguientes cifras: “*Seis muertos, 12 heridos, 400 casas derrumbadas y daños en edificaciones como la Catedral, la Iglesia de*

sumaron algunos muertos por “ataques al corazón o choques nerviosos” (El Tiempo, 2010); adicionalmente, “de los 100 mil habitantes que tenía la ciudad para ese entonces, 30 mil salieron en éxodo hacia Girardot, Cundinamarca”²⁵ espantados por las réplicas telúricas, las cuales continuaron por nueve días, y se documentaron con un promedio de cuarenta y cuatro sacudidas fuertes (Credencial Historia, 2005).

Finalizaban las dos primeras décadas del siglo XX y a los renuentes problemas económicos, políticos y sociales, se sumaba la inestabilidad de la naturaleza. Los años siguientes al movimiento telúrico dieron cabida a una relativa reconstrucción de la ciudad; algo así como un reinicio obligado que, a la luz de la opinión pública, podría permitir la búsqueda de algún un rumbo menos trágico y doloroso. Quizá por esto, el nuevo Presidente, *Marco Fidel Suarez*, sancionaría el 27 de noviembre de 1918, la Ley 58, con el fin de impulsar la inversión pública mediante la creación de nuevos impuestos.

Por aquel momento, al interior de la Universidad Nacional se venían gestando cambios metodológicos por cuenta de los intereses y nuevas perspectivas tanto de profesores como de estudiantes, los cuales consideraban que era necesario corresponder a los avances científicos y sociales de la humanidad. Esta situación pudo ser registrada en el *Anuario de la Facultad de Matemáticas y Medicina*²⁶ de 1919, en el cual se dictaba una resolución que pretendía consolidar “el establecimiento de conferencias dictadas por los Profesores de los cursos de Ingeniería, sobre temas relacionados con los últimos inventos y los adelantos modernos de la ciencia” (Universidad Nacional, 1919).

Chapinero, el claustro de Nuestra Señora del Rosario, el hospital San Juan de Dios y el Palacio Liévano, entre otros”. En: <http://historico.unperiodico.unal.edu.co/Ediciones/100/15.html>

²⁵ En: <http://historico.unperiodico.unal.edu.co/Ediciones/100/15.html>

²⁶ Ver bibliografía.

Las decisiones incluidas dentro de esta resolución, ponían de manifiesto que serían los profesores quienes concluirían cuales alumnos tendrían la obligación académica de asistir a las conferencias, y cuales lo podrían hacer de manera voluntaria; por otro lado, las temáticas tratadas en estos eventos vendrían a ser incluidas en los programas académicos de los estudiantes, quienes tendrían que presentar informes sobre cada conferencia. Se determinó que estos informes significarían una importante nota para el promedio anual; con lo cual, se esperaba un serio compromiso por parte del alumnado en tales encuentros.

**Laboratorio de la
Universidad Nacional,
1919.²⁷**



Estas nuevas determinaciones de carácter académico no eran un caso aislado, sino que iban en consonancia con un malestar generalizado desde finales del siglo XIX sobre los planes curriculares y las metodologías de enseñanza; de hecho, varios estudiantes venían haciendo renuentes manifestaciones, ya de tiempo atrás, frente a la necesidad de implementar cambios. Fue así, como para este mismo año (1919), las denominadas “metodologías de enseñanza práctica” habían sido incorporadas dentro de los cursos de ingeniería, pese a que

²⁷ Tomado del *Anuario de la Facultad de Matemáticas e Ingeniería, 1919. Pág. 44.*

en un primer momento los directivos de la universidad se opusieron a tales ideas; en este sentido, los registros históricos de la época dan cuenta de visitas a edificios públicos, talleres, fábricas y establecimientos industriales, en compañía de los respectivos profesores.

La idea de estas salidas consistía en que los alumnos pudieran conocer de primera mano los procesos industriales y ejecutar ejercicios de medición, cálculo de áreas, análisis de suelos y estudio de materiales; sin embargo, a estos espacios eminentemente urbanos se le añadían salidas de campo fuera de la ciudad, tales como excursiones al “Salto de Tequendama”, “los ferrocarriles de la Sabana, de Girardot y del Tolima”, “el cerro de Guadalupe” y a la “salina de Zipaquirá” (Universidad Nacional, 1919). Dentro de este contexto, resulta bastante interesante el informe entregado por el Profesor de Ingeniería, señor Alfredo Ortega, sobre la excursión realizada al cerro de Guadalupe:

“Se hizo el levantamiento topográfico de la zona de terreno, por la cual, después de haberse practicado un primer reconocimiento con el nivel Abney, por el ingeniero señor Fabio González y los alumnos, se juzgó que podría proyectarse la carretera de Guadalupe. El trabajo se desarrolló de la siguiente manera:

Se tomó como punto de partida la placa acotada sobre el nivel del mar (2,716 m. 63) que existe en el costado oriental del Puente Holguín, sobre el río San Francisco, y se levantó una parte de la topografía del Paseo Bolívar. (...) Se empleó el sistema de rumbo y distancia, por el método de las deflexiones (...). En seguida se procedió a elaborar el dibujo, sobre papel cuadriculado, en escala de 1/1,000 para el plano. (...). El tiempo no alcanzó para estudiar mejor el proyecto y la línea de pendiente, aun cuando se dibujó a lápiz un primer ensayo (...). Además,

los alumnos visitaron la fábrica de cemento Samper, en la cual su Director, el señor Alberto Samper, puso a la disposición del Profesor el laboratorio y los materiales que se necesitaron para hacer ensayos de piezas, (...). También concurrieron a visitar los talleres del ferrocarril de la Sabana para estudiar los cambios de la carrillera, y poder dar cuenta de los elementos y piezas de las locomotoras y material rodante. (Universidad Nacional, 1919).

Esta nueva metodología aplicada a las clases de ingeniería cayó muy bien entre los estudiantes y la comunidad; evidenciando así una nueva forma de comprender los estudios universitarios, los cuales ya no serían impartidos exclusivamente dentro un claustro (cuyo origen como palabra venía del latín “cerrar”, denotando el carácter de aislamiento), sino que ahora se proponía una interrelación con la sociedad, correspondiendo así a la realidad y necesidades del país. Los estudiantes, por su parte, disfrutaban de todas estas salidas, en las cuales lograban afianzar sus lazos de amistad, fortalecer sus conocimientos, obtener experiencia en los oficios concernientes a sus carreras y entrar en contacto con nuevas personas.



Facultad de Matemáticas e Ingeniería con sus nuevos pupitres, 1919.²⁸

Estos cambios respecto a la forma de enseñanza también favorecieron la búsqueda de nuevas herramientas e implementos que facilitaran las clases al interior de los salones; este punto se puede destacar gracias a registros históricos, en los cuales se mencionan algunas adquisiciones de mobiliarios por parte de la universidad. Por ejemplo, el 9 de septiembre de 1919, el consejo directivo realizó *“un pedido de setenta (70) pupitres escolares, modelo adecuado e higiénico, de acero y madera, a la conocida Casa americana American Seating Company de Nueva York. (...) Además, se han provisto también las aulas de muebles cómodos y elegantes para los Profesores”* (Universidad Nacional, 1919). Todo iba encaminado a proveer espacios adecuados para la reflexión y estudio, en un claro intento por superar las secuelas dejadas por los años de violencia y la reciente actividad sísmica.



Patio central, Facultad de Matemáticas e Ingeniería, 1919.²⁹

²⁸ Tomado del *Anuario de la Facultad de Matemáticas e Ingeniería de 1919*. Pág. 16.

²⁹ Tomado del *Anuario de la Facultad de Matemáticas e Ingeniería, 1919*. Pág. 106.

Pero que nadie se equivoque, el compromiso evidenciado por los directivos y profesores de la Universidad Nacional no se concentraba sólo en temas de metodologías de clase o de adecuación mobiliaria; los estudiantes también era parte vital dentro de las propuestas de renovación, buscando siempre facilitar su acomodación en la capital y el transcurso efectivo de sus carreras. Fue por esta razón que para 1919 se efectuaría un censo estudiantil en el cual se buscaba establecer la ciudad de origen de cada uno, el número total de matriculados, el porcentaje de aprobados y algunos otros datos de interés. La sistematización de toda esta información permitió concluir que, por ejemplo, de los cien (100) estudiantes matriculados en la Facultad de Matemáticas e Ingeniería, 70 provenían de distintas regiones (fuera de Bogotá); lo cual llevó a evidenciar la enorme necesidad de acompañar a todos estos alumnos en su proceso de adaptación a la ciudad.

Los exámenes, por su parte, se efectuaban de manera anual, dividiéndolos en una parte oral y otra escrita; los alumnos debían demostrar un completo dominio de las temáticas y los procedimientos dentro de cada disciplina. Basta con realizar un rápido vistazo a los tiempos destinados a cada examen, para poder comprobar lo altamente exigente que resultaba todo este proceso evaluativo para los estudiantes; en efecto, se disponían jornadas de 3 horas para la sustentación oral y otras 3 horas para la escrita.

Los resultados obtenidos por cada estudiante eran expuestos con nombre completo en carteleras y publicaciones de cada facultad, de forma tal que todos podían saber quiénes habían reprobado y quiénes habían logrado las mejores notas; como se podrá suponer, esta práctica generaba una presión adicional sobre los estudiantes, los cuales no podían

mantener ningún secretismo al respecto. Evidenciamos entonces, la consolidación de espacios académicos llenos de aristas, donde el rendimiento académico, la vida social, la adaptación a la capital y las metodologías prácticas marcaban la cotidianidad de los estudiantes de la que, ya para ese entonces, vendría a ser principal Universidad del país.

REGISTRO DE EXAMENES

Escala de calificación

0 Nada (reprobado)

De 0 a 1. Muy malo.

De 1 a 2. Malo.

De 2 a 3. Deficiente.

De 3 a 4. Aprobado.

De 4 a 5. Aprobado con plenitud.

5. Sobresaliente.

³⁰

Para esos mismos años, el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario afrontaba su propia lucha; en un primer momento, después de sucedido el terremoto, las directivas se vieron en la necesidad de resarcir todos los daños causados. Vale la pena recalcar que, dentro de la lista de estructuras afectadas durante el evento sísmico, las instalaciones del Colegio figuraban en los primeros lugares; de hecho, se documenta que la capilla de la Bordadita, eje de reflexión del claustro, había quedado a punto de derrumbarse. Evidentemente, este golpe de la naturaleza afectó seriamente el ánimo de la comunidad rosarista, la cual pudo ser testigode la desolación posterior a tan penoso acontecimiento; sin embargo, y muy en consonancia con los principios de adscripción devota a su colegio, se movilizaron todas las

³⁰ Tomado del *Anuario de la Facultad de Matemáticas e Ingeniería de 1919*, pág. 38.

fuerzas posibles por levantar de nuevo lo que el terremoto había destruido. De esta manera, en la *Revista del Colegio Mayor del Rosario*, correspondiente al mes de octubre de 1917, se documenta que:

“Al conocer esta situación, varios de los colegiales del Rosario, que ocupan una curul en la Cámara de Representantes, presentaron en asocio de otros amigos del Colegio, de los que saben la historia del Claustro de Cristobal de Torres, aman las glorias nacionales, y se interesan a favor de la educación de la juventud, un proyecto de Ley en que se concede un auxilio al Rosario para reparar su legendario y venerable recinto” (Ortiz, 2006).

Sin embargo, vale la pena resaltar que el evento telúrico afectó seriamente la normalidad de las clases, toda vez que *“la mayor parte de los padres y acudientes de los alumnos internos los retiraron del Colegio, y quedaron en él unos treinta estudiantes, que durmieron en la parte baja del claustro”* (Universidad del Rosario, 1917); en otras palabras, a los golpes propinados por la guerra en años anteriores, el Colegio debía afrontar ahora el azote de la naturaleza y el retiro de casi todos sus estudiantes.

La frustración para Monseñor Carrasquilla era mucho mayor si se toma en cuenta que, a su evidente interés por renovar y fortalecer las instalaciones del colegio, se sumaba su compromiso por mantener un alto nivel académico dentro de las aulas de clase, la cual le había llevado a implementar varios cambios en los procedimientos pedagógicos durante los primeros años del siglo XX. Por ejemplo, se estableció que todos los libros de texto que fueran usados en clase deberían ser aprobados por la consiliatura y por el rector mismo, con

el fin de certificar que todo lo dicho dentro de ellos fuera en consonancia con la filosofía del colegio.

Ya para 1914, se había decidido que además de las revisiones previas a los textos usados por los profesores en clase, se le añadirían algunas aclaraciones y correcciones posteriores; el objetivo de estas prácticas consistía en despejar cualquier posibilidad de error o contradicción. Un fiel testimonio de lo anteriormente dicho, lo encontramos en el libro de texto *“Lecciones de Metafísica y Ética dictadas en el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario”* de 1914 (usado para las clases del mismo nombre), en el cual la consiliatura realizó correcciones de la siguiente manera:

“Después de impreso este libro, hemos advertido que varios pasajes necesitan enmiendas. Suplicamos a los estudiantes que las hagan al margen de las páginas, con la pluma.

Página 10, número 6, léase: “era tan poco lo que sabían de Dios los gentiles”.

Página 23, número 31, léase así: “Inaceptable es esta doctrina: de una sola idea no pueden deducirse otras”.

(...) Páginas 156 y 157, números 296 y 297, léase:

“296. Después de tratar del mundo en general, debemos estudiar el problema de la esencia de los cuerpos que lo componen. Pero como la esencia de un ser se conoce por sus propiedades (n. 84), debemos recordar cuáles son comunes a todos los cuerpos, para llegar al conocimiento de la esencia de los mismos.

Recuérdese que propiedad es accidente que nace propiamente de la esencia y es naturalmente inseparable de ella (n. 84).

Los filósofos modernos, siguiendo a Descartes (1), a Locke (2) y a Leibnitz (3), dividen las propiedades de los cuerpos (identificando los conceptos de propiedad y accidente) en primarias y secundarias; y varios neo-tomistas aceptan esta división” (Universidad del Rosario, 1914).

Los estudios prácticos, por su parte, también se habían abierto paso en medio de las metodologías de enseñanza al interior del colegio; de hecho, en las ediciones de la *Revista del Colegio del Rosario* se empezó a dar cuenta de esta nueva realidad. Por ejemplo, en la edición de noviembre de 1917 apareció un informe entregado al doctor *Liborio Zerdas* sobre una salida de campo hecha al cerro de *Monserate*:

“En el presente año, el catedrático de física y de química señaló como temas prácticos para los alumnos de sus clases la medición de una altura y el análisis de unas aguas minerales.

Altura barométrica del cerro de Monserate en su parte más elevada, según el método de Caldas. Fórmula:	
$Z \pm \frac{(b-d) 12}{0,074}$ Convertida al sistema centesimal, queda:	
$760 \pm \frac{27 (1-17)}{1,21} t = 100; t' = 89,6.$	
Reemplazando valores:	
$760 \pm \frac{27 (100-89,6)}{1,21} = 446,3$ altura barométrica.	
Altura del barómetro aneróide	= 526,5
Altura barométrica, según la tensión del vapor =	517,24
	Diferencia. 009,26
Altura del cerro, en metros sobre el nivel del mar	3320,85
Altura de Bogotá sobre el nivel del mar	2635
	Diferencia. 0685,85
Altura del cerro sobre el Colegio = 685 ^m ,85.	
Temperatura máxima = 15°	
Temperatura mínima = 12°	
Observaciones sobre el psicrómetro.	
Fórmula: $E = f - \frac{0,429 (1-t') H}{610-t'}$	
$f = 11,3; t = 15; t' = 13,8.$ Reemplazando estos valores:	
$E = 11,3 - \frac{0,429 (15-13,8) 517,24}{610-13,8} = 0,44.$	
Carlos Alzate.—Manuel Navarro.—Vicente Sáenz.	
Alberto Zuleta.—Rafael Almánzar.	

El primer trabajo fue verificado por cinco alumnos de la clase de física, quienes midieron varias alturas en el cerro de Monserate, valiéndose del método de Caldas y de tablas formuladas por el doctor Barriga Villalba, secretario del Colegio.

Informe de operaciones matemáticas y mediciones realizadas durante la salida de campo al cerro de Monserrate, 1917.³¹

El segundo experimento se realizó por otros seis estudiantes sobre las aguas minerales de san Antonio de Tena. De paso compararon la diferencia de materia orgánica y de gases disueltos en el río Bogotá, antes y después de la caída del Tequendama.

El resultado de las mencionadas labores consta en el siguiente informe rendido ante el señor doctor Liborio Zerda, quien ha hallado correctas las investigaciones de sus discípulos” (Universidad del Rosario, 1917).

El uso de nuevas metodologías de enseñanza ligadas a la práctica, la revisión estricta de los textos académicos y la infranqueable disciplina, llevaron que al pasar de los años, varios colegiales y rosaristas ya graduados intentaran establecer debates y diálogos con los pensadores europeos y norteamericanos de la época; en efecto, el nivel académico y de preparación intelectual, a pesar de todas las limitaciones, daba señales de procurar estar a la altura del evidenciado en esas zonas del mundo. Tenemos que, por ejemplo, en Julio de 1917, el colegial *Julian Restrepo Hernandez* redactó algunas consideraciones frente a las lecciones de Antropología, en las cuales señalaba:

“Si allá (en España) quisieran leer las publicaciones del Colegio del Rosario, el catedrático de filosofía señor Eloy Luis André, al hablar del movimiento filosófico

³¹ Universidad del Rosario, 1917.

de Suramérica, en 1911, no habría dicho el enorme error de que los suramericanos apenas son discípulos de los franceses.

Hace más de treinta años que eso no es verdad en Colombia. En los que precedieron a 1886, se había estrechado el estudio filosófico oficial a la criteriología o ciencia del conocimiento y a la psicología humana.

(...) Pero en criteriología prevaleció Stuart-Mill con su sistema Inductivo, anticientífico cual lo califica y demuestra el eminente lógico inglés Welton, y con su enemistad por la deducción y los demás criterios que, por consecuencia, quedaron amputados de la enseñanza pero no de la naturaleza” (Universidad del Rosario, 1917).

Todos estos esfuerzos emprendidos por Monseñor Carrasquilla, y sus eminentes resultados, parecían ahora poco fructíferos; quizá por esto, la misa celebrada el 1° de noviembre de 1917, dos meses después del terremoto, pareció ser una oda a la desesperanza y al reclamo. No causa extrañeza entonces, que se optara por efectuar la famosa **“Homilía de San Juan Crisóstomo”**, en la cual se alude al sufrimiento experimentado por los apóstoles después de que Jesús ascendiera a los cielos. En un aparte de la mencionada Homilía se mencionan las siguientes palabras:

“Arriba sonaba la justicia, abajo vuestros clamores; a la cólera que de lo alto se desbordaba contúvola desde el suelo vuestra oración. Abriéronse los cielos y bajó la sentencia: la espada aguzada, la ciudad sobre el polvo, la ira inexorable! De nada, empero, tuvimos necesidad sino de penitencia, de gemidos y de lágrimas, y

todo desapareció. Había Dios dictado su fallo, y nosotros disipamos su indignación”. Homilía de San Juan Crisóstomo.

Pero el ánimo del rector Carrasquilla no se prestaba a las fluctuaciones sentimentales; con lo cual, y muy a pesar de tan triste panorama, decidió que las clases no se cancelarían. Los 30 estudiantes que permanecieron en el claustro continuaron recibiendo sus cátedras en las zonas donde el terremoto no había causado mayores estragos; en su mayoría, los espacios que se habían conservado en mejor estado correspondían a los más nuevos, a aquellos que fueron construidos en la primera década del siglo XX con ayuda y financiación del Gobierno Nacional. Adicionalmente, se decidió que se aceptaría cualquier contribución proveniente de entidades estatales y de rosaristas ya graduados; con lo cual, ya para 1928 el Colegio estaría en óptimas condiciones.

En efecto, para finales de los años 20's, las Facultades de Filosofía y Letras, y la Facultad de Jurisprudencia (las únicas con las que contaba el colegio), se encontraban en un excelente estado; de hecho, se da cuenta de que *“fuera de la capilla, la construcción del refectorio mereció particular atención lo mismo que la restauración del Aula Máxima, cuyo recinto fue amoblado con sillas importadas de los Estados Unidos. De dicho país se trajeron igualmente baños de porcelana con agua corriente, los pupitres para el estudio y los bancos para los salones de clase”*. Igualmente, la biblioteca recibió especial atención, con lo cual *“se dispuso de la construcción de una sobria y clásica estantería de nogal tallado en donde los libros resguardados por vidrio se catalogaron en “tarjetas movibles distribuidas por materias””*; estos esfuerzos llevaron a que *“en el año de 1928 entraran a la biblioteca por concepto de donaciones cerca de 600 volúmenes correspondientes a las*

áreas de literatura y derecho, y alrededor de 120 volúmenes de diferentes temas obsequiados al Colegio por el gobierno de Argentina” (Ortiz, 2006).

Comenzaba la tercera década del siglo XX y pese a todos los problemas y percances, la Universidad Nacional y el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario se mantenían constantes y presenten en el panorama colombiano y aún internacional (en sus justas proporciones). De seguro, cualquier lector podrá concluir hasta aquí, que si bien históricamente se han evidenciado notables defectos dentro de la educación superior en nuestro país, de seguro la falta de persistencia no sería uno de ellos; o al menos no, para estas dos universidades.

Hay ideas que ni el sutil sustento de un cuerpo soporta: La guerra contra el Perú y los años 30's

Cuando estalla una guerra las gentes dicen:

“Esto no puede durar, es demasiado estúpido”. Y sin duda una guerra es demasiado estúpida, pero eso no impide que dure.

La estupidez insiste siempre, uno se daría cuenta de ello

si no pensara siempre en sí mismo.

La peste. Albert Camus.

La bonanza cafetera que se había afianzado durante los años veinte generó unas nuevas expectativas de paz y progreso en el país; de hecho, Colombia empezó a perfilarse y comprenderse a sí misma como una nación cafetera. La economía había crecido de manera más o menos estable y las dos facciones políticas habían reducido sus manifestaciones violentas; no en vano, *“hacia 1930, Colombia estaba a punto de ser aclamada como democracia latinoamericana ejemplar”* (Bushnell, 1996).

Pero este panorama aparentemente apacible no era más que un espejismo; de hecho, las condiciones laborales para la gran mayoría de colombianos eran absolutamente deplorables

y por demás injustas. Por esta razón, huelgas como la de las bananeras, en 1928, se siguieron reproduciendo en todas aquellas zonas donde grandes multinacionales extranjeras hacían presencia; lo cual dio como resultado, que a comienzos de la década de los años 30's se fundara el Partido Socialista Revolucionario (PSR). Fue así como la llegada de *Enrique Olaya Herrera* a la presidencia se asimiló desde diversos puntos de vista; los líderes sindicales, por su parte, le consideraban un hombre cercano a sus ideales, mientras que los conservadores no dejaban de asumir su victoria como una afrenta para el Partido.

La guerra, entonces, tocó a la puerta; así de inesperada y provechosa como siempre. No cabe duda de que las guerras siempre han sido la excusa de olvido y presunción de unidad más notables de la historia. En efecto, el 1° de septiembre de 1932, *“el puerto colombiano de Leticia, en la frontera con el Perú, fue invadido por trescientos hombres armados”* que terminarían siendo identificados como *“miembros del ejército peruano”* (López, 1990). Lo curioso del caso consistía en que la sociedad bogotana de la época, poco o nada sabía acerca de Leticia; sin embargo, todos estaban de acuerdo en que no se permitiría la pérdida de territorio colombiano a manos del Perú. Iniciaba la guerra; de nuevo la guerra. ¿Estuvimos en paz en algún momento?

En medio de tanta polémica, lucha y correría, el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario era espacio de debate en torno al trasfondo doctrinal e ideológico de sus programas curriculares y metodologías de enseñanza; en este sentido, vale la pena escrutar las palabras pronunciadas por Monseñor Carrasquilla el 17 de diciembre de 1892, las cuales permiten evidenciar las ideas que sirvieron de fundamento y sentido de dirección académica dentro del colegio:

“Acabo de jurar que leeré la filosofía según la mente de Santo Tomás de Aquino. Así lo desea la Santa Sede, y eso para un católico basta: así lo manda el fundador, y es deber atemperarse a su mandato. Entiendo que ajustarse a la mente de Santo Tomás es propender por la prudente libertad en asuntos filosóficos; es no jurar por la palabra de ningún maestro terrenal; es mantenerse lejos de todo extremo; así del sensualismo, para quien todo es materia, como del idealismo, para quien el hombre es pensamiento. Entiendo que deben como el santo filósofo enseña, estudiarse los autores que nos precedieron, para seguirlos en lo que acertaron y dejarlos cuando cometieron errores” (Ortiz, 2006).

Bajo la perspectiva de Monseñor Carrasquilla, el principal deber del Colegio consistía en formar hombres con base en los principios católicos tomistas, respetuosos de las leyes, patriotas y de intachable proceder moral; por esta razón, las materias presentes en el diseño curricular buscaban dar énfasis a las lenguas clásicas, la historia nacional y la cultura religiosa (con predominancia tomista), las cuales se consideraban como el fundamento conceptual apropiado para lograr tal objetivo formativo.

Los estudiantes, en efecto, debían cursar un conjunto de materias cuidadosamente seleccionadas por el rector y la consiliatura con el fin de lograr obtener su título; esta realidad aplicaba tanto para la Facultad de Jurisprudencia, la de Filosofía y Letras, como para el bachillerato. Sin embargo, vale la pena resaltar que los programas curriculares se mantenían en su mayoría estables, incorporando o cambiando una materia de cuando en cuando, bajo la permanencia de un mismo rector; es así, como en los cuarenta años que duró el rectorado de Monseñor Carrasquilla, las materias siguieron siendo básicamente las mismas. A manera de ejemplo, entre las asignaturas más destacables dentro del Doctorado

en Filosofía y Letras tenemos: Historia de la filosofía, lengua griega, analogía griega, metafísica, rapsodia latina, retórica, gramática latina, suprema de latín, didáctica, estética, sintaxis griega e historia de la literatura castellana.

Como resultará evidente, para poder responder a los objetivos formativos del Colegio, además de establecer un cuidadoso pensum de materias, se requería un grupo de profesores que pudieran desarrollar dichas asignaturas de la manera deseada; por esta razón, se estableció que todo aquel que quisiera desempeñarse como profesor (o maestro, como preferían llamarle) debería cumplir con las siguientes características:

“Autoridad. Autoridad moral. Autoridad o ascendiente sobre el otro, nacida no de la imposición o de la intransigencia, sino por vía de ejemplo, del deber, de la calidez, del carisma; autoridad como resultado de un sólido conjunto de cualidades morales e intelectuales. Autoridad que debe traducirse en voluntad de servicio, en sabiduría, en ponderación y en intuición a favor del discípulo.

Templanza y prudencia, como dos grandes características tendientes a evitar la improvisación, la impulsividad y el desbordamiento verbal.

Amor. Amor por el ejercicio de la docencia. Amor por el conocimiento. Amor hermanado con el deseo de perfección. Amor “enderezado a formar temples varoniles, de carácter, que no es otra cosa que la práctica habitual de la fortaleza”
(Ortiz, 2006).

La culminación efectiva de toda esta planeación pedagógica, búsqueda de buenos docentes, implementación de nuevas metodologías de enseñanza e inversión en la planta física del

colegio, recibían su retribución cuando los discípulos pasaban a ser maestros; en otras palabras, el mayor honor y logro para las universidades de la época (entre las cuales figuraba el Colegio) consistía en que sus estudiantes, una vez finalizado su proceso formativo, se convirtieran en profesores. Quizá por esta razón, Monseñor Carrasquilla sentenció: *“Hay aquí un semillero de maestros que ni el gobierno ni el público han considerado con toda la atención que se merece”* (Ortiz, 2006).

Para obtener una mirada mucho más detallada acerca de este tema, vale la pena traer a colación el nombre de *Luis María Mora*³², quien según algunos registros históricos fuera uno de los discípulos más queridos por parte de Monseñor Carrasquilla. Efectivamente, el mencionado colegial obtuvo su título de Doctorado en Filosofía y Letras en 1896, realizando una eminente tesis sobre el filósofo *Jaime Balmes*³³; tiempo después, retornó a las aulas del Colegio como profesor de las cátedras de latín, lengua castellana y estética. De discípulo a maestro, sin lugar a dudas. Pero quizá un elemento llamativo en el proceso formativo desarrollado por *Luis María Mora*, consiste en que, en medio de los halagos que escribía sobre su antiguo profesor y rector, Monseñor Carrasquilla, mencionaba aspectos sobre los métodos de enseñanza utilizados en clase; es así como concluye que *“como era maestro (Monseñor), quería dejar una descendencia de maestros”* (Ortiz, 2006).

³² Luis María Mora, “Moratín”. Renombrado poeta nacido en Bogotá en 1869 y fallecido en esta misma ciudad en 1936. Notable estudiante graduado del Doctorado en Filosofía y Letras del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario.

³³ “Filósofo, apologista, sociólogo y político; una de las personalidades más interesantes de la primera mitad del s. XIX español: «defensor genial de los principios católicos, tanto en el terreno de la Filosofía como en el de las cuestiones políticas y sociales; pensador profundo y vigoroso, familiarizado con la especulación doctrinal de Santo Tomás, pero influido al mismo tiempo por las ideas de Leibniz y de la escuela escocesa; piadoso sacerdote, hijo amantísimo de la Iglesia y defensor infatigable de sus derechos en la vida social» (M. Grabmann, Historia de la teología católica, Madrid 1946, 342-343)”. En: http://www.mercaba.org/Filosofia/Balmes/biografia_jaime_balmes.htm

En este contexto, el mismo Monseñor Carrasquilla mencionó muchas veces su adscripción a las concepciones jesuitas sobre la pedagogía; de esta manera, y más expresamente en lo concerniente a la manera de enseñar en las aulas, el Colegio asumió la *ratio studiorum*:

“La ratio studiorum es una pedagogía que se expresa en la personalización de todos aquellos en los cuales incide. Tienen como centro a la persona y en ella tienen sentido las demás acciones.

Se funda en valores: fundamentalmente aquellos propios del humanismo, por el cual la virtud y las letras se hacen pareja indisociable en toda educación. Al ser una propuesta pedagógica aplicable a centros educativos de orientación cristiana, en donde podemos reconocer que se encuentra en ella los distintivos de un humanismo cristiano basado en el evangelio.

Es una pedagogía que, desde sus comienzos, en una de sus expresiones, la ratio studiorum, propone, una síntesis entre teoría y práctica; entre pensar y hacer; reconocer y sentir, razonar y creer, aprender y practicar.

En la pedagogía jesuítica, se concibe la educación “como un arte” por medio del cual se lleva a los alumnos a querer trabajar, estudiar y ser sabios.

Podemos decir que la propuesta pedagógica de la Compañía de Jesús, se ha compuesto de cuatro elementos fundamentales: una pedagogía, una didáctica, una epistemología y una teoría del aprendizaje” (Ocampo, 2001).

Queda claro entonces, que bajo el rectorado de Monseñor Carrasquilla, la adhesión a la pedagogía de la *ratio studiorum* fue completa; mucho más evidente resulta esta afirmación,

si tomamos en cuenta los datos provistos al comienzo de este capítulo sobre los objetivos de la formación al interior del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario. Sin embargo, surgirá la pregunta frente a la manera explícita como se dictaban las clases al interior de las aulas del Colegio y las estrategias de evaluación utilizadas por los profesores; a este respecto vale la pena señalar que, a partir de la revisión histórica realizada, queda claro que la magistralidad era altamente predominante. En efecto, la mayoría de profesores impartían sus asignaturas de forma tal que todos debían prestar atención, en absoluto silencio, y solo se permitiría la intervención de estudiantes en los últimos minutos, para que pudieran formular sus dudas; este hecho nos permite evidenciar la importancia de la oratoria para los docentes, quienes tendrían que ser bastante diestros en el manejo de la palabra.



Imágenes publicitarias contenidas en la
*Revista del Colegio del Rosario, 1934*³⁴

Por otro lado, al estilo magistral de las clases se sumaban las estrategias del dictado y la memorización. En este punto, vale la pena recordar que para este momento histórico el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario contaba con dos facultades que, por su finalidad misma, consolidaban planes curriculares de fuerte tendencia teórica, argumentativa, literaria y de expresión oral; con lo cual, utilizar estas estrategias resultaba

³⁴ 1934. Ver bibliografía.

bastante consecuente. En efecto, los estudiantes debían escribir largos dictados en latín, griego y aún en francés, al tiempo de memorizar apartados de los evangelios, libros clásicos y algunas porciones del *Corpus Iuris Civilis*³⁵.

La memorización dentro del proceso formativo, iba ligada a la importancia de la expresión oral, la cual era puesta a prueba en los exámenes anuales y en la sustentación final de los trabajos de grado; de esta manera, los colegiales eran conscientes de la importancia de estructurar sus palabras con la altura, el decoro y la coherencia propios de un hombre formado. Por esta razón, los profesores eran vistos como ejemplos vivientes de esta loable cualidad; de hecho, se podría concluir que la calidad de un profesor era medida por su capacidad de capturar la atención de sus estudiantes, mantener una línea argumentativa clara, y dar cuenta de un soporte teórico a través de la memorización de textos.

La separación entre profesores y estudiantes, por su parte, se comprendía desde una lógica de admiración, obediencia y sumo respeto; es así como los alumnos se sometían a sus profesores de manera irrestricta, mientras que los profesores mantenían una relación de cordialidad con los que en poco tiempo serían los futuros “*Doctores*”³⁶. De esta manera, los estudiantes asistían a clases con el fin de sacarle el mayor provecho a sus dotados profesores, manteniéndose prestos a escribir y memorizar la mayor cantidad de ideas; y poder así, cuando fuere el momento, formular las preguntas a las que hubiera lugar. A este respecto, el mismo Monseñor Carrasquilla señaló:

³⁵El Corpus Iuris Civilis es una obra que vio la luz por primera vez entre los años 527 y 565, cuando Justiniano, en su afán de formalizar el ordenamiento jurídico del Imperio, llevó a cabo la mayor recopilación del derecho romano de la época. En: <http://clasicosarchivohistoricour.org/2013/09/03/el-corpus-iuris-civilis-la-recopilacion-mas-importante-del-derecho-romano/>

³⁶ Expresión colombiana utilizada para referirse a una persona que se considera digna de respeto y/o admiración.

“Fray Cristóbal nos manda, para las clases de facultad, “leer en voz”. Es un término medio sapientísimo entre la conferencia universitaria y el estudio de un libro de texto. El catedrático tiene presente un autor, explica la materia, ni tan rápidamente que los alumnos no puedan seguirlo, ni tan lentamente que puedan copiarle palabra por palabra. Todos llevan a la clase su lápiz y cuaderno, y toman notas rápidas. Tienen derecho –y lo usan ampliamente- de interrogar al maestro, si no le han entendido. Los estudiantes redactan después en limpio lo que oyeron, cada uno a su modo, y lo que uno mismo redacta no lo olvida jamás”(Ortiz, 2006).

Con la llegada de Monseñor José Vicente Castro Silva a la rectoría (tras la muerte de Monseñor Carrasquilla), el panorama al interior del Colegio sufriría un fuerte sacudón. A las revueltas promovidas por estudiantes frente al proceso de elección del nuevo rector (las cuales son abordadas en la introducción de este trabajo), se le añadió la renuncia de un significativo grupo de profesores; no cabe duda, de que el rectorado de Monseñor Castro había iniciado de manera poco grata por cuenta de los aires renovadores que cargaba a cuestas.

Y es que ya para agosto de 1930, casi que recién elegido, Monseñor Castro se reuniría con algunos consiliarios para promover algunos acuerdos bastante polémicos: *“1. Levantar las sanciones a aquellos alumnos que habían liderado la revuelta a propósito de la elección del rector. 2. Clausurar la Facultad de Jurisprudencia durante el año lectivo de 1931, y 3. Establecer la Facultad de Ciencias Naturales”* (Ortiz, 2006). Estas propuestas, lejos de generar consenso, llevaron a la radicalización de los contradictores académicos del electo rector y generarían un espacio de profundo debate al interior del colegio.

La década de los 30's significó para el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario, no solo el cambio de un rector, sino que toda una transformación que se daría como resultado de varias décadas de trabajo incansable, la realidad política del país y la llegada de nuevas ideas y perspectivas pedagógicas. Sin lugar a dudas, Monseñor Castro tendría unos primeros años de duro afianzamiento, ya que así como la guerra contra el Perú despertaba pasiones en la sociedad capitalina, la administración del colegio también las despertaba entre la comunidad rosarista.



Monseñor Castro³⁷

Para el caso de la Universidad Nacional, por su parte, la llegada de Enrique Olaya Herrera a la presidencia significaría la ilusión de sacar adelante varias reformas e iniciativas que, tanto estudiantes como profesores, venían haciendo expresas ya de tiempo atrás. Quizá el acontecimiento más trascendental haya sido la creación de la Facultad de Educación, la cual vendría a estar anexa a la Universidad; es así como, por medio del Decreto 1990 de 1933 el Gobierno Nacional decidió que:

³⁷ Carboncillo sobre papel. Imagen tomada de: Tesoros del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario: 350 años. Ver bibliografía.

“La Facultad de Ciencias de la Educación tiene por objeto: primero, la preparación del personal directivo de las escuelas normales; segundo, la preparación del profesorado para la enseñanza de las distintas materias en los establecimientos secundarios y, particularmente, en las escuelas normales; tercero, la preparación de los inspectores escolares y de los maestros de escuela tipo; cuarto, el estudio y agitación de las cuestiones educativas en orden al establecimiento de los problemas que afecten los destinos históricos del pueblo colombiano”.

El panorama era bastante claro: el Presidente Olaya Herrera era consciente de la enorme necesidad de consolidar espacios de formación de docentes, con miras a mejorar las condiciones de educación en el país. Es así, como durante las primeras dos décadas del siglo XX, gran parte de la comunidad académica del país, señalaba la evidente falencia tanto en el número como en la calidad de los docentes que impartían clases en escuelas y colegios en diversas zonas del territorio nacional. De esta manera, la Universidad Nacional vendría a ser identificada, en un primer momento, como la encargada de administrar y dar cobertura a esta nueva Facultad de Educación.

Respecto a la forma como se dictaban las clases al interior de la Universidad, el *Reglamento de la Facultad de Medicina* aprobado en 1929 nos permite tener una idea sobre la cotidianidad al interior del claustro; en efecto, se instaba a los profesores a *“mantener el orden en la clase, llevar escurpulosamente y entregar en la Secretaría al fin de cada mes, escrito con tinta, el registro de la asistencia a clase de los alumnos, llamar a lista y anotar las faltas, imponer las penas señaladas en el reglamento, y dar las lecciones de la asignatura a su cargo”* (Universidad Nacional, 1929). El objetivo central de estas

especificaciones reglamentarias da cuenta del compromiso de las directivas de la Universidad por mantener el orden y el correcto desarrollo de las clases.

Por otro lado, la década de los 30's consolidó algunos avances respecto a la democratización y participación activa de los estudiantes y profesores en las decisiones administrativas que se tomaban; de hecho, ya de tiempo atrás, en 1922 durante el primer *Congreso Nacional de Estudiantes*, éstos ya habían propuesto *“una universidad independiente, dueña de sus recursos propios, libre de toda tutela y que tuviera una autonomía verdadera”* (Universidad Nacional, s.f.). Fue así que, tanto el gobierno de Olaya Herrera como el de Alfonso López, dedicarían algunos esfuerzos por modernizar y fortalecer a la Universidad Nacional; en efecto, todas las luchas adelantadas por los estudiantes recibirían su fruto con la Ley 68 de 1935, la cual señalaba cuestiones como:

“Artículo 5. Para el alojamiento, organización y buen funcionamiento de la Universidad, el Gobierno procederá a comprar en Bogotá o en sus inmediaciones, lotes de terreno adecuados para construir la ciudad universitaria, con los edificios, instalaciones, y campos de deporte que por su capacidad y condiciones correspondan a las exigencias de la Universidad.

Artículo 6. El gobierno de la Universidad será ejercido por un Consejo Directivo, un Rector, un Síndico y un Secretario General.

Artículo 15. La Universidad, para los efectos de su organización, se dividirá: En Facultades Mayores o simplemente Facultades, y el Facultades Menores o Escuelas.

Artículo 24. El Escalafón Académico del profesorado de la Universidad estará formado por los Catedráticos, los Profesores Agregados y los Instructores, a los cuales podrán agregarse también Asistentes, Repetidores, Preparadores y demás auxiliares que se estimen necesarios.

Artículo 28. En cada Facultad o Escuela habrá un consejo de Estudiantes, formado por tantos miembros cuantos correspondan a cada año de estudio de la respectiva Facultad o Escuela. Los estudiantes de cada año de estudio elegirán por mayoría de voto los miembros que les corresponden en el Consejo Estudiantil de la respectiva Facultad”

El carácter público de la Universidad Nacional llevaba a que, tanto estudiantes como profesores, fueran víctimas de los intereses políticos de cada personaje que llegaba al poder nacional; con lo cual, la conciencia de lucha se fue haciendo presente entre todos los alumnos, animados por los ejemplos evidenciados en las protestas sindicales y obreras del país. A este respecto, la vida cotidiana al interior de la Universidad Nacional no era para nada similar a la del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario; de hecho, los estudiantes de esta primera, concebían sus estudios de manera mucho más contestataria y altamente involucrada con los problemas políticos de cada momento.

Por otro lado, además de estas luchas y victorias de los movimientos estudiantiles, la Universidad Nacional se consolidó como un espacio de recepción de académicos migrantes, sobre todo, de países europeos; un buen ejemplo de este fenómeno se hace palpable en

influencia y arduo trabajo renovador del alemán *Fritz Karsen*³⁸, quien durante la década de los 30's lideraría el proceso de estructuración pedagógica y curricular. A groso modo se puede resumir que *Karsen* “hizo un inventario de las materias dictadas en cada pensum para luego clasificarlas según campos científicos y analizar como algunas se repetían en varias Carreras”, además, “determinó 14 departamentos más o menos autónomos según un orden heurístico fundamental para las Ciencias, subdivididos en Ciencias Sociales y políticas, Ciencias Naturales Artes y Educación física, más un cuerpo de servicios comunes para toda la Ciudad Universitaria” (Universidad Nacional, s.f.).

Pero volvamos al tema de los profesores migrantes. *Renán Silva*³⁹, en su texto “*La inmigración docente como posibilidad histórica*”, provee una mirada académica a este fenómeno de manera bastante oportuna; a este respecto, *Silva* señala que los años de 1930 a 1948 significan un importante periodo para comprender el proceso histórico de la Universidad Nacional, ya que:

“los cambios académicos y administrativos planteaban para la Universidad Nacional nuevos retos y aunque la Universidad tenía una historia de algo más de medio siglo que constituía una experiencia importante, que era continuamente invocada por los reformadores de los años 1930, se aspiraba que la Universidad que resultara como producto de las reformas fuera “una nueva creación institucional”, con nuevos horizontes culturales”. Con lo cual, “uno de los puntos más importantes de esa transformación cultural y administrativa de la principal

³⁸ Fritz Karsen, “uno de los más respetados y valiosos profesores de la Universidad en esos años y quien en ese momento se desempeñaba como Asesor Pedagógico del Curso Preparatorio”.

³⁹ Renán Silva: Sociólogo e historiador, Doctor en Historia Moderna (Universidad de París I, Pantheon-Sorbonne), profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle. Academic Visitor del St. Antony's College de la Universidad de Oxford en 1999-2000.

universidad colombiana tiene que ver con la incorporación a la institución de un amplio contingente de profesores extranjeros, principalmente europeos, quienes hicieron un aporte muy valioso a la cultura colombiana del siglo XX, un aporte que es reconocido como de primer orden, pero que no ha sido estudiado con el detalle que exige un problema que resulta esencial para comprender la trayectoria intelectual de dos o tres generaciones de universitarios en el país” (Silva, 2008).

Este fenómeno de migración se vio fortalecido por la “*Segunda Guerra Mundial*” y la “*Guerra Civil Española*”, acontecimientos que dieron paso a que muchos profesionales de excepcionales capacidades llegaran a países como Colombia. Aprovechando este panorama, Silva menciona que ya desde la *Misión Kemmerer*⁴⁰ en los años 20’s, la Universidad Nacional estaba recibiendo el apoyo de “*colombianos ilustrados que se encontraban en el extranjero, o de agentes consulares*” con el fin de ofertar a académicos europeos la posibilidad de venir a Colombia. Sin embargo, muchas veces estos acercamientos laborales no se lograban concretar por cuenta de los problemas burocráticos o económicos de la universidad (tomando en cuenta que muchos de estos profesores también recibían ofertas laborales de otros países tales como *Argentina* o *México*) que impedían la consolidación de los contratos.

Muchos fueron los académicos que al ser contactados y recibir una oferta formal, realizaron los preparativos, compraron tiquetes de barco y empacaron maletas, para finalmente ver desecha toda posibilidad de contratación; Silva nos cuenta, por ejemplo, el caso del profesor alemán *Karl Rackmann* (una reconocida autoridad en temas de la química aplicada

⁴⁰En 1923 el gobierno colombiano contrató una Misión norteamericana para que estudiara asuntos monetarios, bancarios y fiscales del país; fue la Misión Kemmerer (dirigida por Edwin W. Kemmerer). En: <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/lecturasdeeconomia/article/viewArticle/7767>.

a la agricultura), quien fue contactado por el rector *Gabriel Durana Camacho* para ingresar a la Universidad Nacional, y que al tener todo dispuesto para radicarse en Colombia, tuvo que redefinir un nuevo destino, toda vez que su contratación se canceló por cuenta del “*déficit en el presupuesto universitario*”.

De cualquier modo, la vida cotidiana al interior de la Universidad Nacional empezó a ser comprendida en una interrelación con nuevos profesores europeos; lo cual generaba en los estudiantes una perspectiva mucho más amplia e internacionalista de su proceso pedagógico. Algunos de estos docentes, impartían clases de idiomas (aprovechando sus lenguas maternas), pero podríamos concluir que en su gran mayoría adoptaban cátedras de disciplinas propias de las ciencias naturales, arquitectura, ingenierías y ciencias sociales. Es así como en el texto “*Académicos notables del siglo XX*”⁴¹, la universidad realiza un reconocimiento a los aportes de profesores tales como *Leopoldo RotherGuhn*, *Clemens HayozFasel*, y muchos otros, sin los cuales sería imposible comprender el proceso histórico de la principal universidad del país.

⁴¹ Ver bibliografía.

El Bogotazo fue un dibujo en lienzo, con algunos retoques de sangre de estudiantes: El asesinato de Gaitán y los años 40's

¿Y si fueras tiempo ausente?

*Como una paradoja del que ríe mientras muere,
de ceniza que se esparce mientras juega con el viento,
de vivir sobre los huesos, sembrar sobre la sangre,
y, tal vez, sonreír por los que lloran, no lo sé.*

¿Quién eres tú a quien llaman Colombia?

*Quien te mira no te entiende,
y al soplar del viento se comprende
que estás pero te has ido....*

¡Maldita realidad!

Fabián Méndez

La década de los años 40's ha sido reconocida como una de la más violentas, trágicas y trascendentales para la historia colombiana; sin lugar a dudas, cualquier reseña histórica tendrá que pasar inevitablemente por este periodo. Es así, como los amores y odios despertados por el presidente *Alfonso López Pumarejo* llevaron a toda una sucesión de intentos de golpe, retenciones y atentados, los cuales darían como resultado la renuncia del mencionado gobernante en 1945.

Después de este suceso, la división al interior del Partido Liberal se hizo mucho más notoria bajo la figura de dos poderosos líderes; por un lado estaba *Gabriel Turbay*, y por el otro *Jorge Eliecer Gaitán*. Las irreconciliables diferencias entre estos dos personajes llevaron a que el mencionado partido se presentara fragmentado a las elecciones de 1946, con lo cual, la victoria del conservador *Mariano Ospina* resultó incuestionable y altamente apabullante para el partido que venía manteniendo el poder durante los últimos años. Terminaba así el periodo histórico denominado “*La república liberal*”.

Sin embargo, la derrota en elecciones, lejos de debilitar a *Jorge Eliecer Gaitán*, permitió que éste lograra afianzarse en el panorama nacional; pero nuevamente, fue la violencia y no la democracia, la que terminaría por definir el futuro de la nación. *Gaitán* fue asesinado en pleno centro de Bogotá el 9 de abril de 1948 a manos de un pistolero que le propinó tres disparos (Arias, 1998). Las horas siguientes a tal suceso han sido concebidas como las más violentas de la historia capitalina; en este sentido, la fuerte asonada arrojó un total de tres mil muertos y un panorama de destrucción y desolación. Pero no avancemos tan rápido; de seguro muchas cosas habrían sucedido al interior de las universidades.

La llegada de Monseñor Castro a la rectoría del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario pareció coincidir con un cambio en los intereses formativos de la juventud colombiana de la época; en efecto, la Facultad de Filosofía y Letras comenzó a ser escenario del abandono y el bajo interés. La que otrora hubiera sido la Facultad insignia del Colegio, parecía ahora una moribunda locación de escasos estudiantes; de hecho, hubo años en los que ningún estudiante nuevo se presentó para adelantar tal programa.

La crisis de la Facultad de Filosofía y Letras parece explicarse en base a dos situaciones. La primera consistía en que muchos de los profesores más sobresalientes, los mismos que durante años ganaron fama y respeto, ya se encontraban viejos, y otros habían muerto. Un buen ejemplo de este fenómeno lo encontramos en algunos documentos históricos del Colegio, en los cuales se narra que algunos profesores llegaron a dar clase “*desde sus lechos de enfermos*” (Ortiz, 2006). Por otro lado, y como segunda razón, encontramos que los jóvenes colombianos ahora se mostraban interesados por adelantar programas de formación mucho más especializados y con un perfil laboral más claro; es así como las ingenierías y el derecho llegarían al top de las proyecciones estudiantiles.

Pero los pesares de esta facultad, supondrían al mismo tiempo, el fortalecimiento de la Facultad de Jurisprudencia, la cual creció en número de estudiantes y prestigio; por esta razón, y soportado bajo este contexto, fue que en 1940 las autoridades del Colegio, en cabeza de Monseñor Castro, optaron por clausurar la Facultad de Filosofía y Letras. Y es que hace falta comprender elementos tales como el hecho de que en diez años (1930 a 1940) solo siete estudiantes se hayan graduado de tal facultad, para evidenciar que definitivamente, los intereses de los estudiantes parecían haber cambiado.

Uno de los últimos estudiantes que logró recibir el diploma de Doctor en Filosofía y Letras vendría a significar toda una noticia de primera plana; a este respecto, el grado de la señorita doña *María del Carmen de Zuleta y Cebrián* (originaria de Madrid – España) en 1939, daría cuenta de la primera mujer en obtener título alguno al interior del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario. En los registros del Colegio aparece reseñado este suceso de la siguiente manera:

“La señorita doña María del Carmen de Zuleta y Cebrián natural de Madrid, presentó a este Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario comprobantes de haber cursado el bachillerato en el instituto Escuela de Madrid. Exhibió su diploma expedido por la Universidad de Madrid con fecha 29 de octubre de 1934 y debidamente registrado en los Ministerios de Relaciones Exteriores y de Educación Nacional de Colombia.

(...) Con la presencia del hermano y reverendo monseñor José Vicente Castro Silva, rector del Colegio, la señorita Zuleta y Cebrián presentó los siguientes exámenes preparatorios de Grado, con los profesores especializados en cada una de las materias: inglés, francés, literatura colombiana, literatura española, arqueología clásica, historia universal, crítica de autores latinos, crítica de autores griegos, filosofía, historia de la filosofía, cotejo de instituciones edad media y edad moderna, didáctica e historia crítica de la pedagogía” (Universidad del Rosario, 1939).

Volviendo al tema de lo que sucedía en las aulas del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario, resulta ampliamente interesante la manera como se desarrollaban las clases; a este respecto, cabe resaltar que Monseñor Castro alternaba sus labores como rector con el ejercicio de la docencia. Algunos estudiantes nos revelan cómo era el desempeño de éste en tales funciones; por ejemplo, el doctor Ovidio Oundjian señaló:

“Conocía todos los nombres de los estudiantes y preguntaba sobre las materias, preguntaba de todo, hacía sentir en cada uno el concepto de valor personal como

individuo. “El individuo, decía, vale como persona, no por su integración colectiva”.

Sabía cómo le iba a todos los estudiantes. Tenía una clasificación de las mentes que estaba formando y una enorme responsabilidad sobre cada uno.

Me asombraba, sobre todo, su conocimiento, todo un renacentista permanente nos recalca lo siguiente: “no necesitas de otros para hacer valer tus ideas. Tú vales por ti mismo y no oculto a la sombra de las masas. Deben racionalizar el orden de las cosas para de acuerdo con eso pensar, asociar y relacionar; deben criticar razonando, no se critica por criticar”.

Las clases que hacía monseñor eran muy especiales. Recuerdo cuando nos dictaba filosofía del derecho. Por momentos se hacía más dramático, impulsaba más la participación pero a la vez inducía el ánimo del saber representar las cosas. Te forzaba a que cuando recibes la información debes visualizarla, estás forzando algo específico tu cerebro, cuando grabas las ideas, para que no olvides. Era muy teatral, transmitía el saber. En una ocasión estaba hablando y explicando un argumento y de repente se congestionó, como si le estuviera ocurriendo una convulsión y parecía a punto de desplomarse, entonces saltaron unos estudiantes a sujetarlo para que no se cayera de bruces y lo sacaron del salón para conducirlo a la enfermería; él se dejó sacar del salón y acto seguido les dijo: “Se fijan como uno les puede hacer creer lo que no es?” Quedamos estupefactos. ¿Cuál era el mensaje de fondo? Que no solo el hablar educa sino que el actuar también lo hace” (Ortiz, 2006).

En este punto, y con base en este y otros testimonios aportados por algunos estudiantes de la época, podemos derrumbar aquella creencia según la cual la educación superior en la primera mitad del siglo XX en Colombia era eminentemente conductista. Si bien es cierto que prácticas como la memorización, la repetición, la magistralidad de las clases, y algunos otros aspectos eminentemente conductistas estaban presentes en las aulas universitarias; muchos profesores incluían elementos bastante llamativos e innovadores para desarrollar sus procesos de enseñanza. Los ejemplos aplicados a situaciones de la vida, la teatralidad, la expresión corporal, la promoción de debates y la actitud de amistad con los estudiantes daban cuenta de esta realidad; en efecto, las clases dentro del claustro eran mucho más animadas y amenas de lo que muchos pudieran haber supuesto.

Retornando al panorama nacional por aquel momento, el 30 de marzo de 1948, Bogotá vendría a ser epicentro de dos eventos de suma importancia; por un lado, se inauguraría la IX Conferencia Panamericana, por el otro, se daba inicio al Congreso Latinoamericano de Estudiantes. En este sentido, algunas reseñas históricas de las horas que siguieron al asesinato de Gaitán dan cuenta de la participación de muchos de estos estudiantes universitarios (asistentes al mencionado Congreso) en las refriegas que sacudieron a la ciudad; de hecho, en muchas de ellas se documenta la participación de *Fidel Castro* en las mismas. El objetivo central del Congreso Estudiantil consistía en debatir la interferencia Norteamericana en los asuntos Latinoamericanos; a este respecto, el mismo *Fidel Castro* reveló en una entrevista que:

“En Colombia nos reunimos inmediatamente con los estudiantes universitarios, el ochenta por ciento de los cuales militaba en las filas del Partido Liberal dirigido por Jorge Eliécer Gaitán. El ambiente era francamente progresista e igualmente

antiimperialista. El Partido Comunista era una organización que tenía aproximadamente diez mil miembros, luchaba en condiciones difíciles y no podía decidir mucho en los acontecimientos.

La idea del Congreso mientras se celebraba la Conferencia tuvo entusiasta acogida, y se dieron a la tarea inmediata de hacer todos los preparativos. Comenzaron a llegar los representantes de otras universidades; celebramos varias reuniones preliminares discutiendo el Programa, que incluía todos los puntos a que me refería anteriormente: la lucha contra las dictaduras militares, la independencia de Puerto Rico, internacionalización del Canal de Panamá (o nacionalización, no me acuerdo), cese de los territorios coloniales en la América Latina y la organización de una Federación Latinoamericana de Estudiantes.

(...) El día 9 de abril salimos nosotros del hotel donde hoy nos hospedábamos a recorrer la ciudad antes de almorzar, y en espera de la entrevista que tendríamos por la tarde. Eran como las once de la mañana aproximadamente cuando gentes como enloquecidas comenzaron a correr por las calles repletas de público, gritando con ojos de indescriptible asombro: “¡Mataron a Gaitán! ¡Mataron a Gaitán!” Y así la noticia se esparció como un reguero de pólvora por toda la ciudad.

Apenas en cuestión de minutos comenzó a producirse de una manera espontánea, porque aquello no lo podía ni fraguar ni organizar nadie, una extraordinaria agitación. Se creó un estado de cólera indescriptible. Yo me encaminé por una de las calles hacia la Plaza que está frente al Capitolio, donde precisamente se

celebraba la Conferencia de Cancilleres, custodiado por un cordón de policías vestidos de azul, con la bayoneta calada. La muchedumbre concentrada en el parque se aproximaba al cordón de policías que ante el impacto que le produjo aquel movimiento se deshizo en mil pedazos, penetrando el pueblo en el Capitolio sede de la Conferencia, en el que veían tal vez un símbolo que les recordaba un poder odiado.

(...) Decenas de hombres con fusiles apostados en las azoteas, pero nadie disparaba. Llegamos a la entrada y las puertas se franquearon. Cientos de personas se lanzaron dentro buscando desesperadamente armas, y aunque yo estaba entre los primeros solo pude alcanzar una escopeta de gases lacrimógenos. Con ella y varias cananas de bala de ese tipo –que me imaginaba pudieran servir para algo– subí a la planta alta a tratar, si era posible, de encontrar más equipo, sobre todo algún equipo de campaña o algún arma mejor. Entré en una de las habitaciones; había allí un grupo, que después comprendí que eran oficiales completamente desmoralizados y acobardados.

Les pregunté si tenían armas o ropa de campaña, ropa militar; y, por cierto, no se me podrá olvidar que habiéndome sentado en una de las camas en disposición de ponerme unas botas militares, uno de aquellos oficiales, en medio de aquel caos, no se le ocurrió otra cosa que gritarme lleno de preocupación: ‘¡Mis boticas no! ¡Mis boticas no!’

Salí al fin con unas botas, un capote militar y una gorra sin visera. Mientras tanto, un tiroteo descomunal tenía lugar en el patio. Bajé, y eran los primeros hombres

del pueblo, armados probando sus armas al aire. En medio del patio un oficial armado de un fusil trataba de formar una escuadra, en medio de un gran desorden. Yo me arrimé allí y también formé en la escuadra.

Al tratar de indagar qué ocurría, me informaron que desde un colegio, una universidad católica, habían disparado sobre la multitud y se había originado un tiroteo. Debo confesar que en aquellos tiempos yo –habiéndome educado durante muchos años en un colegio religioso– me mostraba incrédulo, no podía imaginarme a los sacerdotes disparando desde aquel edificio contra la gente. Y aún no puedo afirmar a ciencia cierta lo que ocurrió, si efectivamente se disparó o no se disparó, o si algunos militares o civiles de la oligarquía dispararon desde allí. Es lo cierto que mientras yo observaba en medio de la esquina alguien bruscamente me apartó hacia una pared. Días más tarde, sin embargo, llegue a la conclusión –vistas todas las cosas que pude observar– de que en Colombia hay sectores del clero lo suficientemente reaccionarios como para disparar sin vacilación contra el pueblo.

Grupos de estudiantes en carros altoparlantes, con los cadáveres de sus primeros compañeros muertos colocados en el techo, arengaban a la muchedumbre”.
(Castro, 1976).

Este testimonio de *Fidel Castro* resulta bastante intrigante y sugerente; ya que algunos cronistas han llegado a sugerir que la Universidad Católica a la cual se hace referencia, desde donde se disparaba a los manifestantes, era justamente el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario. A este respecto, no deja de ser llamativo que al interior de un registro histórico tan bien fundamentado, exista un cierto vacío en lo que respecta a los últimos años

de la década de los 40's; de hecho, a la luz del presente trabajo, no fue posible conocer estos acontecimientos desde la perspectiva de los propios integrantes del Colegio⁴². Sin embargo, la idea de que tanto colegiales como consiliarios (muchos de ellos sacerdotes) hubieran participado en los hechos violentos de aquella tarde (con el fin de defender las instalaciones del colegio), no resulta descabellada; mucho menos, si tomamos en cuenta que lo que inició como una protesta política y social, terminó siendo aprovechada por unos cuantos vándalos y saqueadores que pusieron en jaque a la ciudad.

La Universidad Nacional, por su parte, recibió la década los 40's con un nuevo marco normativo, curricular y de planta física; en efecto, las reformas emprendidas por los gobiernos de *Olaya Herrera*, en un primer momento, y *Alfonso López*, tiempo después, llevaron a que la Universidad recibiera una fuerte influencia europea por cuenta de la llegada de profesores migrantes y la estructuración pedagógica adelantada por *Fritz Karsen*. Es así como, por ejemplo, para 1946 se inauguraría el "*Instituto de Filosofía*"; el cual vendría a significar la inclusión de un nuevo plan de estudios que, hasta ese momento, no poseía la Universidad.



Facultad de Derecho Universidad Nacional, 1940⁴³

La inauguración de este instituto coincidía con el cierre de la *Facultad de Filosofía y Letras*, por parte del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario; fue así como muchos

⁴² Los documentos históricos encontrados a este respecto abordan temáticas y acontecimientos que nada tienen que ver con los acontecimientos del 9 de abril de 1948.

⁴³ Imagen tomada de:

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/octubre2002/educacion.htm>. Ver bibliografía.

rosaristas llegaron a insinuar que el programa académico establecido por la Universidad Nacional no era más que una copia del que había sido implementado en el Colegio años atrás. En efecto, materias como *“Introducción a la filosofía”*, *“Lógica”*, *“Historia de la filosofía”*, *“Ética”*, *“Seminario de idiomas”* e *“Historia universal”*, parecían corresponder al extinto programa del Rosario. Sin embargo, vale la pena aclarar que muchos de estos programas curriculares eran ajustados con base a los programas usados en universidades de Europa, Argentina y Estados Unidos; con lo cual, no resultaría extraño que coincidieran en algunas materias, sin que esto implicara alguna copia malintencionada.

Para despejar cualquier duda al respecto, resulta invaluable el aporte realizado por Ortiz donde se aclaran los pormenores de este nuevo Instituto de Filosofía:

“El Instituto funcionaba en horas de la tarde. Todas las clases se dictaban entre las tres y las siete de la noche. Se adoptó dicho sistema de trabajo con el fin de proporcionar a los alumnos el tiempo necesario para ampliar sus consultas, lecturas e investigaciones. En materia del pensum, y en las palabras del propio Rafael Carrillo, “Se han tenido principalmente en cuenta, los de las Facultades de Buenos Aires y Tucumán. Sobre estas bases se ha elaborado el nuestro”. En lo que tiene que ver con el número de alumnos –y volvemos a carrillo-, aunque no especifica una cifra real, habla de una “nutrida asistencia que se nota en cada clase”, agregando que: “El número de alumnos, que en esta clase de estudios suele ser escaso, triplicó los cálculos”” (Ortiz, 2006).

Como se podrá percibir, la apertura del Instituto de Filosofía en la Universidad Nacional, puso en tela de juicio la justificación que se manejó en el Colegio Mayor Nuestra Señora

del Rosario, frente a que el cierre de la Facultad de Filosofía y Letras respondía al poco interés que los jóvenes demostraban hacia este tipo de programas. Si bien el testimonio expuesto líneas arriba aclara que la tendencia de asistencia a este tipo de clases no era alto (y más si le comparaba con otras disciplinas), el Instituto recibió un número de estudiantes que permitió mantener en pie los estudios filosóficos en el país.

Para abril de 1948, cuando se celebraba el Congreso Latinoamericano de Estudiantes, los alumnos de la Universidad Nacional se encontraban seriamente comprometidos en la realización del mismo; de hecho, un significativo grupo de estudiantes de esta universidad tomaron las banderas como delegación colombiana. Tal y como revela el testimonio de *Fidel Castro*, muchos de estos jóvenes, sino todos, eran Liberales cercanos al pensamiento de *Jorge Eliecer Gaitán*; con lo cual, cualquier persona podría imaginarse el grado de participación que tuvieron los estudiantes en medio de las protestas desatadas aquel fatídico 9 de abril.

Las calles de Bogotá se convirtieron en el epicentro de una batalla campal; las balas se paseaban de un lado a otro, sin distinguir víctimas ni victimarios. Muchos estudiantes cayeron muertos a causa de ese fuego anónimo, otros por cuenta de machetazos y otros más, linchados vilmente; es así, como entre las tres mil víctimas registradas aquella tarde, un buen porcentaje estuvo compuesto por jóvenes liberales.

Terminaba así la década de los 40's, iniciaba entonces la segunda mitad del siglo XX, y Colombia, de nuevo en guerra; sin embargo, y muy a pesar de las palabras del abuelo, esta guerra ya no parecía ser la misma de entonces. Ahora, esta guerra se llamaría "*La Violencia*"; así de anónima, así de triste. A los machetes con los cuales jugábamos a

matarnos unos a otros a comienzo de siglo, se unían ahora las armas de fuego; pese a esto, si al ver el cadáver alguien preguntaba “¿Y quién lo mató?”, la respuesta obvia sería: “*La Violencia*”.

Un panorama académico de iniciales mayúsculas: La Violencia y el final de la primera mitad del siglo XX

“Paredes viejas que con recuerdos, quieren hablarme de aquellos tiempos

que fueron casa de mis abuelos y que tus muros solían cantar :

Quiero sentir el rudo andar de aquellos tiempos,

quiero cantar, quiero llenarme de recuerdos,

cuenten su historia viejas paredes, muera el silencio,

que te dejaron cuando se fueron nuestros abuelos”

Paredes Viejas. Silva y Villalba

Los últimos años de la década de los 40's fueron profundamente complejos para todas las instituciones, tanto públicas como privadas del país; de hecho, a este periodo se le otorga un nombre que debe ser escrito con inicial mayúscula: “La Violencia”. Efectivamente, la asonada que sacudió a Bogotá el 9 de abril de 1948, lejos de encontrar olvido al pasar de los días, se consolidó como una feroz lucha entre las distintas facciones políticas. El número de muertos, a partir de este momento, sufriría un franco aumento; y todas las regiones del país, entrarían en un estado de intranquilidad declarada.

El presidente *Mariano Ospina* sería fiel testigo de la manera como la estabilidad del país se le esfumaría entre las manos, mientras que sus detractores presionaban su renuncia culpándolo del asesinato de *Gaitán*; en este sentido, el Gobierno Nacional consideró necesaria la militarización de varias zonas del país, entre las cuales se destacaba Bogotá. La ciudad tomaría entonces un considerable tiempo en retomar la calma, reponer los daños a la

infraestructura y reabrir el comercio; y como resultará obvio, las universidades no se alejaban de esta realidad, de hecho, las clases se suspendieron durante casi un mes.

Es así como a manera de resumen, se puede confirmar que la primera mitad del siglo XX inició y terminó en medio de un conflicto. Un conflicto entre colombianos. Queda claro, entonces, que el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario, la Universidad Nacional, y las demás universidades que para ese momento estaban ejerciendo funciones (muchas de las cuales surgieron en las décadas de los 30's y 40's), tuvieron que acostumbrarse a desarrollar sus procesos pedagógicos en medio de la inestabilidad política y social del país.

Frente al panorama educativo, vale la pena resaltar que las reformas impulsadas por los gobiernos liberales en los años 30's favorecieron la reapertura de universidades como la *Javeriana* (1931) y la aparición de otras nuevas tales como la *Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín* (1936), y la *Universidad de Los Andes* (1948). Esto significó, para las dos instituciones de educación superior que son objeto de análisis en la presente investigación, un panorama de competencia y movilidad estudiantil; y es que, como se podrá suponer, la aparición de nuevas universidades significaba un aumento en las posibilidades de los estudiantes, quienes ahora tendrían una variedad mucho más amplia de lugares en los cuales adelantar su proceso formativo.

Bajo este contexto, fue durante la década de los años 40's cuando se dio una clara apertura a nuevos programas académicos y a la realización de algunas inversiones tanto a la planta física como a los diseños curriculares, muy en consonancia con lo que sucedía en otras instituciones. El objetivo era claro: no desaparecer ante esta nueva ola de universidades que afloraban en el país. La movilidad estudiantil empezó a tomar, en consecuencia, un carácter

mucho más normal y menos sacrílego; con lo cual, un joven podría iniciar sus estudios en alguna universidad, y al no encontrarse cómodo, presentarse a otra distinta.

La *Universidad de Los Andes* consolidó, a este respecto, un elemento interesante y novedoso, toda vez que al ser fundada por una élite de jóvenes que propendían por una universidad laica y sin ningún tinte político, logró atraer a una buena parte de estudiantes que no conseguían sentirse a gusto en las aulas del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario (gracias a su preponderancia católica), ni en la Universidad Nacional (la cual era espacio de sendos debates políticos). Sin embargo, el proyecto iniciado en esta nueva universidad era un tanto complejo ya que en un principio no se contaba con la infraestructura ni los elementos logísticos más adecuados para realizar una formación completa en sus instalaciones; en otras palabras, durante sus primeros años, la *Universidad de Los Andes* asumía un proceso formativo en el cual algunos alumnos, después de completar un determinado número de materias, optaban por viajar a los Estados Unidos para terminar allí su carrera.

En cuanto al Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario, vale la pena resaltar que el rectorado de Monseñor Castro se iría afianzando y duraría de manera ininterrumpida hasta su muerte en 1968. Las reformas adelantadas por este catedrático y religioso se pueden resumir en elementos tales como la introducción del primer teléfono en el claustro (1930), el establecimiento de la escuela de servicio social (1936), el debut como escuela de formación primaria (1956), entre otros. Los estudiantes se fueron acoplando, poco a poco, a las ideas del nuevo rector, a su estilo novedoso de impartir clase y a su amabilidad extrema; de forma tal, que el periodo de polémica frente a su nombramiento quedó en el pasado.

La Universidad Nacional, por su parte, seguiría siendo epicentro de las disputas políticas e ideológicas de la época. Tras el asesinato de *Gaitán*, esta universidad vendría a ser una pieza importante en las políticas de seguridad que se tomarían por parte del Gobierno Nacional, encaminadas a eliminar los focos de proliferación de la violencia; por lo tanto, los estudiantes serían víctimas de ciertos abusos de las fuerzas de seguridad del estado, y alternarían sus procesos educativos con las protestas sociales. No cabe la menor duda de que existe una deuda histórica con esta universidad, principalmente con sus profesores y estudiantes, muchos de los cuales fueron torturados y desaparecidos por distintas facciones armadas (incluyendo fuerzas del estado), a causa de sus ideales políticos.

Terminaba así la primera mitad del siglo XX. Fueron 50 años de luchas, debates, historias bastante humanas, implementaciones pedagógicas y un sinfín de elementos que aquí fueron tratados muy vagamente. Sin lugar a dudas, una investigación sobre el proceso histórico de la educación superior en Colombia tendría que adelantarse con muchísimo más detenimiento; sin embargo, el presente trabajo ha buscado generar la apertura de una nueva aproximación, bajo la cual, las universidades han de ser comprendidas como espacios de poder (gracias a las interrelaciones humanas que allí se conjugan), donde las ideas se consolidan y transforman en múltiples direcciones, evidenciando una vez más que todo proceso histórico, lejos de consolidar una linealidad lógica, responde a una construcción social.

Análisis y conclusiones

Hablar de educación superior en un país como Colombia no es tarea fácil. En primer lugar, se debe luchar contra aquellas perspectivas a priori, que presuponen la no existencia de un solo aspecto que valga la pena resaltar positivamente dentro de lo que han realizado las universidades en nuestro país. Por otro lado, existe más de un optimista extremo que se desgasta en elogios y presunciones exageradas sobre la realidad de la educación superior, llegando incluso a establecer posturas de supremacía universitaria. De cualquier modo, basta con realizar un sensato examen a este asunto, para poder concluir que tanto los unos como los otros han contribuido a la desinformación y reproducción ilógica de juicios de valor.

Para aquellos que se ubican dentro del primer grupo, vale la pena recordar que toda realidad debe ser comprendida dentro de un contexto social e histórico concreto; en este sentido, hablar de educación superior en Colombia sin examinar el panorama bajo el cual han tenido que subsistir las universidades, sería un completo desacierto. Nuestra sociedad ha sufrido la inclemencia de la violencia desde su misma fundación, y es así como muchas de estas instituciones terminaron convertidas en trincheras de combate; de forma tal, que los procesos pedagógicos se vieron relegados a un segundo plano, bajo el poderoso peso de “salvaguardar la vida” y “los principios morales”.

Los estudiantes, por su parte, lejos de reproducir esa figura de la nobel mente, sumisa e impersonal, demostraron (y siguen demostrando hoy en día) ser parte activa de la estructuración de la nación que aún continua en obra; de hecho, se han mantenido presentes en cada uno de los momentos históricos de mayor relevancia, de manera completamente comprometida. Y fue este, justamente, el objetivo trazado en el presente trabajo a la hora de tomar cinco momentos históricos específicos de la realidad colombiana, para, después de

ubicar contextualmente al lector, analizar las vivencias y luchas al interior de dos de las instituciones de educación superior con mayor tradición dentro de nuestras fronteras. La pretensión no era otra más que proporcionar una perspectiva mucho más amplia a este respecto, donde se visualizaran los espacios de poder que se han configurado al interior de cada universidad y que han determinado, de un modo u otro, el rumbo que hoy evidenciamos.

Estos espacios de poder a los cuales se hace referencia, no son otros más que los que se suscitan al interior de toda institución educativa y que, muchas veces, resultan poco reconocibles a la luz de cualquier análisis superfluo. En este sentido, *Mario Díaz* nos recuerda que la pedagogía ha de ser comprendida como un *“aparato instrumental de la ideología, un sistema signifiante que elabora sus propias normas a partir de otras disciplinas y construye una serie de instrumentos (reglas) para incidir en los dispositivos no pedagógicos”* (Díaz, 1988); con lo cual, las instituciones de educación superior reproducen, en todo momento, un concepto ideológico concerniente a un comportamiento social validado. A este respecto, resulta evidente la necesidad de comprender históricamente la realidad de cada institución universitaria; atinando a una nueva perspectiva frente a la manera como, en cada momento, se comprendió el deber ser de la educación.

Es así, que en el presente trabajo se ha propuesto una mirada analítica bajo la cual, los roles y comportamientos de cada actor inmerso dentro de un salón de clases, reproducen las lógicas culturales sobre lo que se entiende por “sociedad”, “profesor”, “universidad”, “estudiante” y demás conceptos cargados de significado. Nuevamente *Mario Díaz* aporta en este mismo sentido al señalar que *“el discurso pedagógico no es un repertorio de textos o*

de contenidos, no es un conjunto de significaciones múltiples que funcionan autónomamente, no puede ser identificado con ninguno de los discursos recontextualizados. Es un principio de control sobre la reproducción del discurso, es una gramática para la generación/regulación de textos y prácticas de reproducción”(Díaz, 1998). En otras palabras, cada práctica pedagógica que ha sido reseñada en este trabajo, debe ser comprendida dentro de la integralidad de un discurso cultural que se manifiesta gracias a una constante tensión entre sujeto y sociedad.

Esta tensión que ahora acapara nuestra atención se evidencia en el hecho de que todo sujeto, al entrar en una institución educativa, se ve inmerso en una lógica discursiva llamada “pedagogía” que le llevará a asumir ciertos roles y comportamientos, al tiempo de presuponer y asignar roles y comportamientos sobre lo que deberán hacer los otros sujetos que le rodean. Esta realidad cobra nitidez en cada espacio de la revisión histórica que fue expuesta en las páginas de este trabajo, y aún hoy en día, en cada aula de clase; por esta razón, no se deben generar presunciones exageradas a la hora de encontrar alumnos que, por ejemplo, se referían a sus profesores con calificativos de enorme respeto y reconocimiento. Y es que asuntos como este, lejos de presuponer elementos que merezcan apelativos maniqueos, debe llevarnos a comprender la exposición efectiva de un discurso cultural que siempre ha estado presente.

Ahora bien, señalar que toda práctica pedagógica evidencia un discurso social no quiere decir que dicho discurso sea rígido, o se haya mantenido inamovible al pasar de las décadas. Para explicar este asunto, vale la pena retornar la mencionada tensión entre sujeto y sociedad; en este sentido, si bien todo sujeto que ingresa a un espacio social (en este caso, una institución educativa) se ve permeado por un discurso cultural que asigna roles y

comportamientos, también es cierto que el sujeto aporta nuevas perspectivas y genera ciertas modificaciones a dicho espacio social. En otras palabras, las prácticas pedagógicas, como reproducción de un discurso cultural, son estructurantes de y estructuradas por los sujetos. Este asunto nos debe llevar a comprender entonces, la insensatez de aquellas personas que gustan de tildar los procesos pedagógicos evidenciados en las instituciones de educación superior de Colombia a través de los años, con apelativos deterministas y/o peyorativos; por ejemplo, resulta frecuente encontrar personas que tildan de netamente conductistas las actividades realizadas por profesores en sus aulas, desconociendo que en muchos casos, los docentes añadieron un toque personal a este asunto, modificando en cierta forma, el resultado evidenciado.

Vale la pena traer a colación, en este momento, la figura de *Monseñor Castro* dictando sus clases de filosofía del derecho, realizando una pantomima para que todos sus estudiantes creyeran que era víctima de algún ataque, y al llegar a la enfermería revelar el engaño diciéndoles: “*¿Se fijan cómo uno les puede hacer creer lo que no es?*”; o también, el arribo de profesores migrantes a la Universidad Nacional huyendo de la guerra en Europa, implementando nuevas perspectivas en sus clases. Estos y muchos más ejemplos que han sido plasmados en el presente trabajo, dan cuenta de una realidad cambiante; de la pedagogía entendida como un discurso cultural que es susceptible de ser modificado por cuenta de los sujetos que conviven en las aulas. Por lo tanto, presuponer que la forma como se ha desarrollado la vida cotidiana y académica al interior de las universidades en nuestro país no ha cambiado, sería algo realmente desafortunado.

Por otro lado, encasillar lo que se vive en las aulas de clase dentro de una teoría pedagógica o didáctica, ha sido un error tanto del pasado como del presente. Y es que hace falta un

considerable grado de ingenuidad para creer que las relaciones humanas, en su magna complejidad, puedan ajustarse dentro de las casillas arbitrarias de una teoría. A este respecto, proponer una mirada sobre el proceso histórico de la educación superior en nuestro país, desde una asignación terminológica de “conductista”, es más o menos considerar que los seres humanos inmersos en las aulas de clase no juegan ningún papel activo en la consolidación y modificación de los discursos culturales. Tal como se ha dicho líneas atrás, a este respecto, el discurso cultural que se reproduce dentro de toda lógica sobre la pedagogía es estructurante de sujetos, pero al mismo tiempo, es estructurado por éstos; con lo cual, cada sujeto deja su huella en el espacio social dentro del cual se encuentra inmerso.

En este punto, *Armando Zambrano* nos recuerda que aún *“la pedagogía es un concepto cuya esencia se escapa a cualquier intento de clasificación epistemológica”* (Zambrano, 2005); de forma tal, que los discursos culturales que en cada contexto ésta reproduce, tampoco pueden ser encasillados de manera categórica. Intentar comprender los mensajes inmersos dentro de toda práctica pedagógica es una tarea titánica que requiere un alto nivel analítico, con el fin de no caer en lecturas sesgadas sobre la realidad; quizá sea allí donde se evidencia, la enorme responsabilidad que debe tener cualquier investigador que se ubique desde un paradigma histórico-hermenéutico.

Zambrano aporta una notable explicación frente a este asunto al afirmar que:

“El hombre, en este sentido, deja de ser un “animal” históricamente dotado de unas capacidades intelectuales y biológicamente dadas. (...) las condiciones concientes del Hombre procederán más por un determinismo cultural que por uno

biológico. Las decisiones, por tanto, refractarán el medio no siendo estas absolutamente inmodificables, ya que, en últimas, la tarea del sujeto, en sus actos concientes, deberá estar orientada a buscar mejores formas de libertad.

(...) El saber no ha de verse incluido en una estratósfera que se instalaría ahistóricamente de la realidad del sujeto. Este supondría, en el mejor de los casos, una construcción históricamente válida y singularmente cambiante” (Zambrano, 2005).

Acercarnos a la realidad de la Universidad Nacional de Colombia y del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario, durante la primera mitad del siglo XX, debe llevarnos a comprender la multiplicidad de voces, discursos y perspectivas sobre la educación que estuvieron presentes por aquel momento, gracias a un grupo de personas y un contexto específicos. La riqueza del análisis propuesto radica justamente en que, al ser cambiantes tanto las personas como los contextos, las vivencias dentro de las aulas de clase para el momento histórico mencionado, no serán iguales a las de ningún otro momento; en este sentido, si bien *Heráclito* apostaba que *“nadie se baña dos veces en el mismo río”*, en el presente trabajo se podría señalar que *“nadie vive una misma clase dos veces”*.

Sobran entonces, y bajo la lógica del argumento que se ha expuesto líneas atrás, todas aquellas categorizaciones y generalizaciones poco sopesadas, o que buscan consolidar un sinsabor frente a la realidad de la educación superior en Colombia. Queda claro, que corrientes pedagógicas tales como el conductismo y el constructivismo surgieron como una lectura de ideas e implementaciones pedagógicas que ya se venían presentando al interior de las aulas de clase; en otras palabras, la realidad da lugar a lecturas teóricas, y no al revés.

Ahora bien, pasando a desvirtuar las perspectivas desbordadamente optimistas, resulta obvio, y en consonancia a lo dicho anteriormente, que ningún contexto puede ser equiparado a otro distinto. Aquellas personas que, por afinidad política, religiosa, ideológica, académica, económica y aún de parentesco, tienden a embarcarse en disputas sobre la supremacía o jerarquización de ciertas universidades (llegando incluso a aferrarse a los rankings internacionales y/o a la tradición histórica) con el fin de postular “la mejor” o “mejores” universidades del país; deben saber que la educación superior en Colombia no ha logrado generar el impacto social que se llegó a proponer en los años 30, por cuenta del surgimiento de nuevas instituciones y la apuesta por aumentar el número de estudiantes. Mucho menos, podría equipararse lo hecho y vivido dentro de las universidades colombianas, con el proceso histórico suscitado en otras naciones del mundo.

La anterior aclaración se efectúa con el único interés de blindar el presente trabajo de todos aquellos juicios de valor que pretenden extender la realidad evidenciada en cada una de las universidades que han sido objeto de análisis, a otros contextos sociales o históricos; a este respecto, la educación superior en Colombia no puede ser encasillada bajo un apelativo de “buena” o “mala”. Se requiere más bien, realizar un análisis que identifique y respete el contexto bajo el cual se suscita cada universidad y el grado de incidencia que ésta tiene dentro del mismo; es así que, podremos comprender, que los intereses y objetivos de la educación superior han de variar en cada momento histórico.

Antes de dejarnos deslumbrar por los debates de moda, en torno a la “calidad de la educación” y obtención de resultados en pruebas internacionales, es necesario dedicar un concienzudo análisis a los objetivos sociales que se han perseguido dentro de las universidades colombianas. Por ejemplo, resulta bastante claro que durante la primera

mitad del siglo XX, la educación superior no fue comprendida como un motor contra la desigualdad o la pobreza; de hecho, ésta fue concebida como el espacio de formación de la élite que llevaría, en un futuro, las riendas de un país pobre e ignorante. De esta manera, si alguna persona muestra interés por evaluar lo que se ha hecho al interior de las aulas universitarias, debe conocer primero, los objetivos e intereses que fueron establecidos dentro cada contexto cultural; no sea que se termine confundiendo “lo que yo creo que debería hacer la educación” con “lo que las universidades buscaban lograr con la educación”.

Pretender equiparar las universidades colombianas con las de otros lugares del mundo consolida una tarea peligrosa y un tanto inútil. La realidad de la educación superior en Colombia sólo puede ser comprendida como un proceso histórico dentro de un contexto específico y a la vez cambiante. Sin embargo, sí resulta útil examinar hasta qué punto se han logrado alcanzar los objetivos que fueron planteados por estas instituciones en cada momento histórico. A este respecto el objetivo propuesto por el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario, encaminado a formar hombres con base en los principios católicos tomistas, respetuosos de las leyes, patriotas y de intachable proceder moral, logró plasmarse de manera evidente en todos sus egresados; los mismos que defendieron tanto su colegio como sus concepciones éticas, a ultranza, durante muchos años. Por su parte la Universidad Nacional, logró incidir de manera bastante crítica en una generación de jóvenes que asumió la notable tarea de luchar por la transformación política y social del momento histórico bajo el cual vivió.

Sin embargo, aquellas esperanzas por promover la superación de la pobreza y la desigualdad, a través del ejercicio educativo de las universidades, quedaron abandonadas

bajo la aplastante realidad que significaba la consolidación de otro tipo de objetivos dentro de las mismas. Esta evidencia debe anular cualquier pretensión de juicio o evaluación del impacto de la educación superior en Colombia durante los primeros 50 años del siglo XX, por cuenta de presunciones personalistas sobre lo que debería o no hacer una institución. De seguro, si se llegara a realizar este mismo debate hoy en día, se encontraría una enorme variedad de perspectivas sobre la educación; desde aquellas que hablan de impacto social, hasta aquellas que hablan de industrialización y calidad de vida. ¿Cuál de estas vendría a ser más válida?

El trabajo aquí presentado ha buscado consolidar una contribución en torno a los debates sobre educación superior en Colombia, por medio de una mirada histórico-hermenéutica a la realidad de dos de las más antiguas universidades durante la primera mitad del siglo XX. Es así como resulta oportuno aclarar que, si bien no se ha pretendido aportar respuestas definitivas a muchos de los temas tratados, se ha promovido una nueva perspectiva mucho más integral y matizada sobre la multiplicidad de elementos y aspectos que, en muchos casos, han sido invisibilizados a la luz de algunas investigaciones. Ha sido el más profundo anhelo de este trabajo, generar en lector algún tipo de reacción crítica, con miras a enriquecer un debate que no se ha abordado en todo su esplendor, y que de seguro, aún puede aportar nuevas ideas.

Bibliografía

Arias, R. (1998). *Los sucesos del 9 de abril de 1948 como legitimadores de la violencia oficial*. Recuperado el 15 de enero de 2014, de <http://historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/199/1.php>.

Arias, R. (2007). *Los leopardos: Una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, CESO.

Bases para una política de calidad de la Educación Superior en Colombia. (s.f.).

Recuperado el 14 de marzo de 2014, de

<http://www.uned.ac.cr/Academica/images/paa/materiales/documentos/basespoliticaCNA.pdf>.

Beltrán, R. (2005). *Comunicación dialógica y democracia en la perspectiva del discurso pedagógico*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Bernstein, B. (2000). *Hacia una sociología del discurso pedagógico*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

Braun, H. (1987). *Mataron a Gaitán*. Bogotá: Prisa Ediciones.

Brunner, J. J. (1990). *Educación superior en América Latina: Cambios y desafíos*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.

Bushnell, D. (2007). *Colombia una nación a pesar de sí misma: De los tiempos precolombinos a nuestros días*. Bogotá: Planeta.

Castro, F. (1976). Fidel Castro recuerda el 9 de abril de 1948 y su encuentro con Gaitán. *Diario El Tiempo*. Recuperado el 03 de abril de 2014, de

http://www.eltiempo.com/colombia/bogota/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-12731753.html.

Carrasquilla, R. (1914). *Lecciones de metafísica y ética dictadas en el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario*. Bogotá: Imprenta de “La luz”.

Chernik, M. (1989). *Reforma política, apertura democrática y desmonte del Frente Nacional*. En Vásquez Patricia et. Al. *La democracia en blanco y negro: Colombia en los años ochenta*. Bogotá: CEREC.

Colombia en 1906. (s.f.) Recuperado el 20 de febrero de 2014, de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/septiembre2004/colombia-1906>.

Colmenares, G. (1989). *Ospina y Abadía: La política en el decenio de los veinte*. En Tirado, A. & Calderón, C., *Nueva historia de Colombia Vol. 1* (pp. 243-267). Bogotá: Planeta.

Colombia: Una sociedad en transición en pleno siglo XX. (s.f.). Recuperado el 20 de enero de 2014, de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/ciencias/sena/cursos-de-capacitacion/hacia-una-revolucion-educativa/hacia1.htm>.

Correa, J. S. (2011). 1830-1928, un siglo crítico: El esfuerzo empresarial colombiano. *Credencial historia*. Recuperado el 15 de enero de 2014, de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/febrero2011/un-siglo-critico-empresarial>.

Credencial Historia. (2005). Temblores y terremotos. *Credencial historia*. Recuperado el 20 de febrero de 2014, de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/agosto2005/temblores.htm>.

Credencial Historia. (2005). Colombia y el mundo, 1917. *Credencial historia*. Recuperado el 20 de febrero de 2014, de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/agosto2005/mundo1917.htm>.

Credencial historia. (2006). Colombia y el mundo, 1932. *Credencial historia*. Recupera el 20 de febrero de 2014, de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/noviembre2006/colmundo.htm>.

Cruz, A. (1996). *Grandes oradores colombianos*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.

Díaz, M. (1990). *Pedagogía, discurso y poder*. En *Pedagogía, discurso y poder*. Bogotá: CORPRODIC.

Díaz, N. (2001). *El discurso pedagógico oficial y la educación superior en Colombia*. Neiva: Universidad Surcolombiana: Colciencias.

Estrada, F. (2011). Por los senderos del café. La bebida del diablo: Historia económica y política del café en Colombia. *Credencial Historia*. Recuperado el 15 de febrero de 2014, de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/septiembre2011/sendero-cafe>.

Gaitán Ayala, Jorge Eliecer. (s.f.) Recuperado el 15 de febrero de 2014, de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/gaitjorg.htm>.

General Rafael Reyes Prieto 1904-1909. (s.f.) Recuperado el 01 de febrero de 2014, de <http://web.presidencia.gov.co/asiescolombia/presidentes/39.htm>

Guillén, M. C. (2003). *Rectores y rectorías del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario, 1653-2003*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia: Universidad del Rosario.

Harnecker, M. (1989). *Colombia: Combinación de todas las formas de lucha*. Bogotá: Ediciones Sudamérica.

Herrera, M. C. (2002). La educación superior en el siglo XX. *Credencial historia*. Recuperado el 10 de enero de 2014, de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/octubre2002/educacion.htm>.

Historia de la Universidad Nacional, vista desde los documentos históricos. (s.f.). Recuperado el 18 de febrero de 2014, de <http://www.archivo.bogota.unal.edu.co/page/historia.php>.

Kalmanovitz, S. (2003). *Economía y nación: una breve historia de Colombia*. Bogotá: Editorial Norma.

Latorre, M. (1989). 1930-1934. *Olaya herrera: Un nuevo régimen*. En Tirado, A. & Calderón, C., *Nueva historia de Colombia Vol. 1* (pp. 269-280). Bogotá: Planeta.

Liévano, I. (1946). *Rafael Núñez*. Bogotá: Editorial Cromos.

López, A. (1990). La guerra con el Perú. *Credencial historia*. Recuperado el 15 de febrero de 2014, de

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/abril1990/abril1.htm>.

Mayor, A. (2005). Rafael Reyes. *Credencial Historia*. Recuperado el 31 de enero de 2014, de <http://www.banrepcultural.org/node/32492>.

Melo, J. O. (1989). *De Carlos E. Restrepo a Marco Fidel Suarez: Republicanismo y gobiernos conservadores*. En Tirado, A. & Calderón, C., *Nueva historia de Colombia* (pp. 215-241). Bogotá: Planeta.

Melo, J. O. (1999). Medio siglo de historia colombiana: Notas para un relato inicial. *Credencial historia*. Recuperado el 15 de enero de 2014, de

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/histcolom/mediosiglo.htm>.

Melo, J. O. (1999). Los grandes temas y debates del siglo XX en Colombia: Problemas recurrentes que han preocupado a la opinión nacional. *Credencial historia*. Recuperado el 20 de enero de 2014, de

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/noviembre1999/119losgrandes.htm>.

Misas, G.& Oviedo, O. (2004). *La educación superior en Colombia: Análisis y estrategias para su desarrollo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Molano, A. (1999). *Trochas y fusiles*. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales: El Áncora Editores.

Molano, E. (2004). El siglo XX colombiano: Cien años de progreso asombroso y de violencia sin fin. *Credencial Historia*. Recuperado el 20 de febrero de 2014, de

<http://www.banrepcultural.org/node/32334>.

Molano, E. (2004). La guerra de los mil días. *Credencial historia*. Recuperado el 20 de febrero de 2014, de

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo2004/guerra.htm>.

Ocampo, E. (2001). *“Pedagogía jesuítica: apuntes para la reflexión”*. En *Memoria del primer encuentro de archiveros e investigadores de la historia de la Compañía de Jesús en Colombia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Ortiz, A. (2003). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras: 1890-1930*. Bogotá: Centro Editorial Universidad del Rosario: CIEC, Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario: Banco de la República.

Ortiz, A. (2006). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras: 1930-1999*. Bogotá: Centro Editorial Universidad del Rosario: CIEC, Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario: Banco de la República.

Ortiz, A. (2010). *Historia de la enseñanza secundaria en el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario: 1767-1998*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.

Palacios, M. (2003). *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994*. Bogotá: Norma.

Pardo, R. (2004). *La historia de las guerras*. Barcelona: Ediciones B.

Perea, C. M. (2002). *Esa tarde inenarrable e inútil*. En *Revista Historia Crítica* Vol. 07 No. 28 (pp. 29-46). Bogotá: Uniandes-Departamento de Historia.

Quinche, C. A. (2011). El quinquenio de Rafael Reyes y la transformación del mapa político-administrativo colombiano. *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. Recuperado el 12 de marzo de 2014, en <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/23179/35947>.

Ramírez, M. T. & Téllez, J. P. (2006). *La educación primaria y secundaria en Colombia en el siglo XX*. Recuperado el 15 de febrero de 2014, de <http://www.banrep.gov.co/docum/ftp/borra379.pdf>.

Restrepo, G. (2005). Educación, ciencia y cultura en el siglo XX: Paradojas de un país refractario a la modernidad. *Credencial historia*. Recuperado el 15 de enero de 2014, de <http://www.banrepultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo1999/113educacion.htm>.

Robinson, J. C. (1976). *El movimiento Gaitanista en Colombia: 1930-1948*. Bogotá: Tercer mundo.

Sánchez, G. (1989). *Violencia, guerrillas y estructuras agrarias*. En Tirado, A. & Calderón, C., *Nueva historia de Colombia Vol. 2* (pp. 125-152). Bogotá: Planeta.

Silva, R. (2008). La inmigración docente como posibilidad histórica: El caso de la Universidad Nacional de Colombia, 1930-1950. *Revista Sociedad y Economía* (pp. 169-194).

Soto, D. (2005). Aproximación histórica a la universidad colombiana. *Revista Historia de la Universidad Latinoamericana*. Recuperado el 10 de enero de 2014, de <http://www.urosario.edu.co/Subsitio/Foros-de-Reforma-a-la-Educacion-Superior/Documentos/AproximacionHistorica-UniversidadColombiana.pdf>.

Suarez, M. F. (1912). *La educación católica: Circular*. *Revista del colegio del Rosario*, 103 – 106.

Terremoto sacudió Bogotá (1917). (2010). Recuperado el 15 de enero de 2014, de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7464892>.

Tirado, A. (1978). Colombia: Siglo y medio de bipartidismo. *Colombia Hoy*. Recuperado el 20 de enero de 2014, de <http://www.geocities.ws/gersonledezma/TextosAmericaLatina/ColombiaSigloyMedio.pdf>.

Tirado, A. (1989). *El gobierno de Laureano Gómez. De la dictadura civil a la dictadura militar*. Bogotá: Nueva historia de Colombia.

Trujillo, J. C. (1930). *Lecciones de derecho romano: dictadas en la Facultad Nacional de Derecho y en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*. Bogotá: Imprenta Nacional.

Universidad del Rosario. (1905, Enero – Noviembre). *Revista del colegio del Rosario*.

Universidad del Rosario. (1912, Enero - Noviembre). *Revista del colegio del Rosario*.

Universidad del Rosario. (1917, Enero – Noviembre). *Revista del colegio del Rosario*.

Universidad del Rosario. (1923, Enero – Noviembre). *Revista del colegio del Rosario*.

Universidad del Rosario. (1926, Enero – Noviembre). *Revista del colegio del Rosario*.

Universidad del Rosario. (1931, Enero – Noviembre). *Revista del colegio del Rosario*.

Universidad del Rosario. (1948, Enero – Noviembre). *Revista del colegio del Rosario*.

Universidad del Rosario. (2003). *Tesoros del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario: 350 años*. Bogotá: Universidad del Rosario.

Universidad Nacional de Colombia. (1919). *Anuario de la Facultad de Matemáticas e Ingeniería de Bogotá (Volumen III)*. Bogotá: República de Colombia-Universidad Nacional.

Universidad Nacional de Colombia. (1929). *Reglamento de la Facultad de Medicina*.

Universidad Nacional de Colombia. (2001). *Académicos notables del siglo XX*. Bogotá D.C.: Universidad Nacional de Colombia.

Valencia, A. (1988). Rafael Reyes. *Revista Semana*. Recuperado el 27 de febrero de 2014, de <http://www.semana.com/especiales/articulo/rafael-reyes/37565-3>.

Vargas, J. & Zambrano, F. (1988). *Bogotá 450 años: Retos y realidades*. (pp. 22 – 92). Bogotá: Ediciones Foro Nacional.

Velásquez, M. (1989). *Condición jurídica y social de la mujer*. En Tirado, A. & Calderón, C., *Nueva historia de Colombia Vol. 4* (pp. 9-60). Bogotá: Planeta.

Yarce, J. (2002). *La educación superior en Colombia*. Bogotá: Santillana: Instituto Internacional de la Unesco para la Educación Superior en América Latina y el Caribe.

Zambrano, A. (2002). *Los hilos de la palabra*. Cali: Grupo Editorial Nueva Biblioteca Pedagógica S. en C.

Zambrano, A. (2005). *Didáctica, pedagogía y saber*. Bogotá D.C.: Cooperativa Editorial Magisterio.